



volumen 1

# TODAS PARA UNA

Escrito por W. Ama



TODAS  
PARA  
UNA

W. Ama

© 2018, W. Ama

Título: Todas para una

Serie: Ideas en la casa del árbol

Volumen 1

Primera edición: junio 2018

ISBN: 9781973477327

Todos los derechos reservados. Bajo licencia Safe Creative.

El contenido de este libro no podrá ser reproducido sin el permiso escrito del propietario de los derechos.

*Esta historia te la dedico a ti  
que estás leyendo estas líneas.*

*Espero que disfrutes  
de la casa del árbol.*

*W. Ama*

# Índice

Capítulo 1: [La mirada gris de María](#)

Capítulo 2: [Fiesta de fin de curso](#)

Capítulo 3: [Despedida en la carpa](#)

Capítulo 4: [Todas para una](#)

Capítulo 5: [Reunión de emergencia](#)

Capítulo 6: [La casa del árbol](#)

Capítulo 7: [Siempre sale el sol](#)

Capítulo 8: [Soluciones de colores](#)

Capítulo 9: [A suertes](#)

Capítulo 10: [Un buen plan](#)

Capítulo 11: [Step by step](#)

Capítulo 12: [Con buena letra](#)

Capítulo 13: [Elefante de colores y limonada](#)

Capítulo 14: [Venta ambulante](#)

Capítulo 15: [Llegó el día](#)

Capítulo 16: [Cambio de planes](#)

Capítulo 17: [Llamadas inesperadas](#)

Capítulo 18: [Yes!](#)

*Capítulo 19:* [Entrega de notas y algo más](#)

*Capítulo 20:* [Un castillo peculiar](#)

[Para terminar](#)

# Capítulo 1

## *La mirada gris de María*

Gretta estiró el brazo para coger el último cuaderno que tenía guardado en la taquilla. La tapa estaba medio rota y la espiral de la libreta se había salido. Se le engancho varias veces con la puerta, y Gretta no pudo evitar quejarse. Luego se alegraría de haber rescatado aquel cuaderno de Ciencias Naturales del fondo de la taquilla.

Al abrirlo encontró una carta. La chica ya había olvidado su existencia porque había sido escrita en el primer trimestre, casi al comenzar el curso. El sobre guardaba una hoja escrita con la bonita letra de Gretta y estaba dirigida a María.

Se la había escrito un día que María se había enfadado. En esa carta, Gretta había sido muy sincera y había puesto todas las cosas que admiraba de su amiga y le decía que no quería que se enfadara más con ella. Nunca llegó a entregarle la carta porque las cosas se solucionaron enseguida. Ellas eran muy buenas amigas, pero a veces María se ponía muy celosa si no se le prestaba toda la atención que ella creía.

Gretta guardó la carta en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero y se dispuso a dar por terminada la tarea de limpiar y vaciar la taquilla.

Mientras tanto, a no mucha distancia, Paula y Celia recogían sus libros y cuadernos. Era el último día de curso y las amigas charlaban animadas mientras sus mochilas se iban abultando más y más con el material escolar: parecía que iban a explotar. Cada vez metían más y más carpetas, estuches, libros, diccionarios. Seguramente, las cremalleras, que ya estaban algo desgastadas después de todo un curso, se negarían a cerrarse o se romperían. Estaban tan llenas que parecían las barrigas de unos dragones comilones.

Llevar semejantes mochilas hasta sus casas no iba a ser una tarea fácil,

pero con la ilusión del comienzo del verano el peso sería más llevadero.

—¿Sabéis dónde están María y Blanca? —preguntó Celia mientras se empujaba las gafas con un dedo hasta colocarlas en su sitio.

—Ni idea —respondió Paula despegando el póster de una estrella de la NBA que cubría el interior de la puerta de su taquilla—. Apuesto a que todavía están despidiéndose de la señorita Blanch.

—Uf, pues con lo que se enrolla la de Lengua, tenemos para rato —contestó Gretta algo fastidiada.

La señorita Blanch era la profesora más vieja del colegio. Era muy bajita y caminaba despacio, con pasos cortos, como si temiera caerse. En lo alto de su cabeza, un moño perfectamente hecho le hacía parecer un poco más alta.

Su pelo era tan blanco que parecía que en vez de un moño llevara un montón de nata sobre la cabeza. Más de un alumno metió un dedo entre los cabellos de la señorita Blanch con la firme intención de llevarse un trozo de esa apetitosa nata a la boca. Pero, en vez de un trozo de dulce nata, lo que se llevó fue una buena regañina. Si había algo que la señorita Blanch no soportaba era que le tocaran su moño.

Todas las mañanas, pasaba más de media hora frente al espejo, con un bote de laca en una mano, colocando cada pelo en su sitio con verdadera paciencia, y no iba a permitir que ningún chiquillo rompiera el orden de su obra de arte.

La señorita Blanch podía tolerar cualquier otra cosa: que no llevaras los deberes hechos, que levantas la mano mil veces para preguntar lo mismo, que te pasaras la clase de Lengua hablando con el de al lado, que pasaras papelitos secretos a una de tus amigas, pero nunca jamás te iba a permitir que tocaras su moño. Nunca. Esa era su principal manía.

Los días que hacía viento, la señorita Blanch lo pasaba francamente mal pues no sabía cómo proteger su peinado de las inclemencias del tiempo. Esos días llegaba a clase de tan mal humor, que ponía un examen sorpresa y, mientras los alumnos lo resolvían, ella se iba al aseo a colocarse bien el



moño.

Unas Navidades, el profesor de Física le regaló un artilugio en forma de cono para que los días de viento su mal humor no inundara la sala de profesores. Por eso y por que según se rumoreaba por los pasillos del colegio, al profesor de Física le gustaba la señorita Blanch, y eso que era más vieja que una de esas ballenas de Groenlandia. Eso pensaban los alumnos. El profesor Lechuga, el de Naturales, les había contado que ese tipo de ballenas podían llegar a vivir más de doscientos años.

Fuera de esa extravagancia, y dejando a un lado su vejez eterna, (se rumoreaba que la profesora Blanch había nacido en el siglo pasado y que ya había dado clase de Lengua a los abuelos de los abuelos de los niños actuales, algo del todo imposible si lo piensas bien), a la señorita Blanch le podías coger mucho cariño, si eras de las personas que aguantan recreos y recreos de conversación.

Que hablara por los codos era algo que no todo el mundo soportaba, pero a Blanca y a María les encantaba escucharla. A las dos chicas les entusiasmaban las historias que la profesora contaba de cuando era una niña con coletas y uniforme.

Y eso era justamente lo que debían estar haciendo Blanca y María mientras las demás ordenaban sus libros y carpetas.

Una de las normas del colegio era que, al terminar el curso, cada alumno debía limpiar su taquilla tanto por dentro como por fuera. De este modo quedaban vacías para el siguiente curso escolar y preparadas para ser ocupadas el primer día del siguiente curso. Además, de esta manera, se evitaban alumnos yendo y viniendo durante el verano porque se les había olvidado coger algo.

—Por cierto, ¿vais a ir a la fiesta de fin de curso? — preguntó Celia mientras luchaba con la cremallera de su mochila, tratando de cerrarla.

—¡Por supuesto! Tengo unas ganas enormes de ir, aunque la verdad es que aún no se lo he preguntado a mis padres —dijo Paula algo preocupada.

—Hija, Paula, tú siempre tan dejada. ¿Y si no te dejan porque no se lo has dicho con tiempo?, ¿no piensas en las consecuencias de tus despistes? Sería un gran fastidio para todas nosotras porque en esa fiesta siempre nos gusta estar las cinco juntas —concluyó Gretta mientras intentaba meter en su sitio el alambre del cuaderno de Ciencias.

—Además, este año queríamos hacer el sorteo del regalo de la amiga invisible y si no vienes no podremos hacerlo —añadió en ese momento Celia.

—Para amigas invisibles María y Blanca, que no aparecen —bromeó Paula para restarle importancia a su despiste.

—Te equivocas, por allí vienen —anunció Celia que levantaba la mano y las saludaba a lo lejos.

María y Blanca caminaban en silencio.

Tal vez iban recordando las historias que la señorita Blanch les había contado o tal vez iban pensando en que tenían que limpiar sus taquillas y no tenían ninguna gana. En cualquier caso, su actitud nada tenía que ver con el jaleo que armaban el resto de alumnos en los pasillos.

En Blanca aquellos silencios resultaban habituales. Era bastante tímida, muy correcta, y las pocas veces que hablaba lo hacía en un tono tan bajo que había que prestarle mucha atención para llegar a escucharla. Pero en María, ese caminar silencioso no era nada normal. Además iba mirando al suelo y se la veía desanimada. De eso se dio cuenta Gretta, que era muy observadora y no se le escapaba una. Sin embargo, Gretta no dijo nada, entre otras cosas porque tan pronto como estuvieron las cinco amigas juntas se fundieron en un abrazo y saltaron varias veces mientras cantaban “ya es verano, ya es verano, el colegio ha terminado...”

Solo una de ellas parecía que no se alegraba tanto de que fuera verano.

Al deshacer el abrazo a diez brazos, María agachó la cabeza y así, mirando al suelo, como si se le hubiera perdido la alegría por las baldosas, se fue hasta su taquilla. Tenía que recoger sus cosas. Seguía callada y muy

pensativa.

Gretta, que ya había terminado de recoger y limpiar su taquilla, le ofreció su ayuda.

—Así acabaremos antes y nos podremos ir un rato a jugar al patio — propuso Gretta tratando de convencerla.

Pero María, muy seria, le dijo que no, que prefería hacerlo ella sola y que, además, no tenía ganas de ir a jugar.

En ese momento, Gretta se quedó de piedra, no esperaba esa contestación tan seca y cortante de su amiga. Entonces hizo algo que solía hacer cuando quería adivinar lo que les pasaba a otros: miró fijamente los ojos de María, sin pensar en nada más. La miró tan fijamente, que parecía que solo existían en el mundo los ojos marrones de su amiga. El pasillo, las taquillas, la luz del sol de verano que entraba por el ventanal, todo iba desapareciendo. De esta manera Gretta pudo ver la mirada gris de María. Y ese era el color de la tristeza y de la decepción.

Gretta pensaba que si miras a las personas atentamente, puedes ver el color de su mirada y así saber lo que les pasa.

Aseguraba que para mirar atentamente a alguien, solo tienes que pensar en esa persona. En nada ni en nadie más. Olvidarte de los deberes, de la merienda, del libro que leerás cuando llegues a casa porque estás deseando saber el final o de esa camiseta tan chuli que te gustaría que te compraran.

Es como si en ese momento solo existiera esa persona, sus ojos, más bien. Y es entonces cuando ves el color de su mirada. No el color de sus ojos, ni de sus gafas, sino el de su mirada. Es ahí donde, para Gretta, está reflejado su estado de ánimo.

De esta manera, sabiendo cómo se siente la persona, puedes ayudarla. Y eso es lo que Gretta quería: ayudar a su amiga. Aunque Gretta sabía muy bien que no basta con querer ayudar a alguien, la otra persona tiene que aceptar tu ayuda.

A veces, el resto de las chicas no entendía muy bien por qué Gretta asociaba los estados de ánimo con colores, pero lo cierto es que no fallaba nunca. Sería tal vez porque Gretta era entusiasta de los colores, de las pinturas, de los tonos. A veces parecía que era capaz de ver incluso más colores que el resto de las personas, aunque no era así. Ella de mayor quería ser pintora y era normal que todo lo asociara a los colores.

A veces, la chica se imaginaba viajando por todo el mundo con sus cuadros. Exponiendo sus lienzos en las más prestigiosas galerías de arte junto a otros artistas famosos. También aprovecharía sus viajes para dibujar todo lo que viera. Sabría, además, muchos idiomas para poderse comunicar en cualquier país.

Aunque ahora lo que le preocupaba era la mirada gris de María, ¿qué le pasaba? Tenía que averiguarlo. Como no quería agobiar a su amiga preguntándole directamente, pensó que pronto tendría la ocasión. Tal vez durante la fiesta del colegio que se celebraría en los próximos días.

## Capítulo 2

### *Fiesta de fin de curso*

Cuando Gretta y Blanca llegaron al patio del colegio se quedaron maravilladas de lo bonito que lo habían decorado ese año. La temática era el Universo, así que estaba todo lleno de planetas y estrellas, y el colegio parecía una gran galaxia.

Tomás, el chico más simpático y listo de toda la ESO, todavía estaba terminando de colocar unas cintas de colores, pero aun así las saludó desde lo alto de una escalera.

—¡Hola, chicas! —exclamó mientras les sonreía—. Bienvenidas a la fiesta de fin de curso.

—¡Hola, Tomás! —respondió Gretta elevando la voz, con total confianza.

Cualquier otra chica se hubiera puesto colorada al ver que Tomás la saludaba, pues era considerado el guapo del colegio. Algunas de las niñas más mayores, sobre todo las de segundo y tercero de la ESO estaban loquitas por Tomás. Decían que era un chico muy inteligente y agradable, además de guapo. Sin embargo, para Gretta era un simple compañero de las clases de pintura a las que asistían los dos, todos los miércoles y viernes, en la academia “Los Lienzos”, muy cerca de la casa de ambos.

—Habéis llegado un poco pronto, aún estamos terminando de colocar algunas cosas —dijo el chico señalando a otro grupo de compañeros que trataban de estirar una tela azul llena de estrellas y nubes que taparía uno de los muros del patio.

—Si necesitas ayuda, ya sabes que puedes contar con nosotras —aseguró Gretta mientras Blanca le estiraba de la camiseta, con disimulo, y le decía por lo bajo que ni de casualidad se ponía ella a ayudar a los mayores, que le daba

mucha vergüenza y que además ya lo harían el año que les tocara. Pero claro, como Blanca hablaba tan bajo, Gretta solo sintió un rumor y que la camiseta le tiraba un poco, nada más.

Los padres de Gretta y Blanca se habían quedado en recepción, saludando a varios profesores. Era normal que los padres fueran a su aire en la fiesta del colegio y solo volvieran a juntarse con sus hijos a la hora de marcharse a casa. A ambas niñas les habían dicho que a las ocho debían estar en recepción, «como muy tarde», habían remarcado. Mientras, les habían dado permiso para que fueran donde quisieran, siempre y cuando no salieran del colegio. Eso era algo que no debían hacer.

—No os preocupéis, a las ocho estaremos aquí como dos clavos — prometió Blanca mientras se guardaba en su pequeño bolso un billete de cinco euros que le había dado su madre para gastar en la fiesta.

Las dos amigas paseaban por el patio del colegio. Hablaban del verano, de las buenas notas que habían sacado, del campamento al que irían las cinco amigas, juntas, en agosto. Ese había sido el único modo que se les había ocurrido para pasar juntas unos días, pero la verdad es que les hubiera servido cualquier otro cursillo o campamento. Lo que querían era estar juntas.

¡Qué emoción tenían! Era la primera vez que iban a pasar quince días alejadas de sus padres. Por un lado les daba un poco de pena pero por otro les invadía la emoción: era toda una aventura. Tenían muchas cosas que preparar, tal y como habían dicho en la reunión: linterna, bañador, toalla, chanclas, una libreta y un estuche, ropa cómoda y fresca, protector solar, una gorra, etc.

Mientras esperaban a que llegaran las demás, Blanca y Gretta no paraban de hacer planes sobre el campamento. Tendrían que intentar y conseguir que las pusieran a las cinco en la misma cabaña. Harían fiestas de pijamas secretas, saldrían a investigar el lugar con sus linternas y contarían historias de miedo. Pero, eso sí, las cinco juntas. Eran amigas inseparables. ¡Qué ganas tenían de que llegara agosto!

Además de por el campamento, también estaban muy ilusionadas por el

sorteo de la amiga invisible que ese año habían decidido hacer como regalo de fin de curso. María había dicho que se encargaría de traer los papeles con los nombres escritos de cada una de ellas, en un saco muy bonito, de terciopelo, que tenía en su casa. Entonces sortearían a quién le había tocado cada una en el juego de la amiga invisible.

En el centro del patio habían colocado una gran carpa de color amarillo, que quería simbolizar el sol. Multitud de guirnaldas de colores unidas entre sí caían desde la carpa, como si fueran bonitas constelaciones. El suave viento de un verano recién estrenado las movía con cuidado y, gracias a unos pequeños cascabeles que habían cosido a las cintas, se podía escuchar una rítmica y ligera música.

Las chicas escucharon el tintineo, y Gretta le preguntó a su amiga si sería así como sonaban las estrellas en el cielo, las noches de estrellas fugaces, al chocar estas con la atmósfera.

Bajo la tela amarilla de la carpa, habían colocado las sillas para los padres pues los profesores tenían la costumbre de decir unas palabras en la fiesta de fin de curso. Dentro de la carpa había una plataforma que hacía las veces de escenario, con un atril donde los profesores apoyaban sus folios y un micrófono.

Era en ese escenario desde donde hablarían.

Todo estaba decorado con mucho gusto. Unas flores de papel en forma de estrellas recorrían la parte baja de la plataforma y daba la sensación de que más que el escenario de un colegio era una pradera galáctica, con flores-estrella. No habían ahorrado en detalles.

La fiesta de fin de curso siempre se celebraba el primer sábado después de acabadas las clases. Los alumnos de cuarto de la ESO, junto con los profesores, se hacían cargo de los preparativos para ese gran día.

El patio del recreo se convertía en una especie de feria: había puestos de refrescos, venta de galletas, de helados, juegos, una tómbola, un teatro de marionetas, un karaoke.

Todo estaba pensado para que los alumnos pasaran un día inolvidable después de todo un curso de clases.

Los padres podían tomarse algo en la cafetería que, ese día, la llevaban entre los alumnos de último curso de la ESO, y cuya recaudación iría al fondo común para el viaje de fin de etapa.

Algunos profesores participaban montando un puesto, como era el caso de la profesora de Inglés, Miss Wells. Ese día, y como era tradición, ponía un pequeño puesto de artículos de segunda mano y de artesanía. La profesora colocaba todo con mucho mimo. El dinero que se obtenía, iba destinado a una obra social en un lugar lejano de África.

El «Puesto Wells», como era más conocido entre los estudiantes, tenía algo de mágico: te daba la sensación de estar en la tienda de un cuento de hadas. Allí se vendían collares, velas olorosas, figuritas de barro, adornos, lazos para el pelo, cuadernos hechos a mano, amuletos, y muchas más cosas.

La señorita Wells solo ponía una condición a quien quisiera comprar en su puesto: hablar en inglés. No era nada difícil preguntar el precio de un artículo, si tenían la misma pulsera en otro color, o si lo envolvía para regalo, pues todo eso lo habían dado en clase.

Aun así, siempre había algún niño que se lo decía en castellano. Entonces Miss Wells cerraba sus ojos azules, se alisaba un poco el pelo que de tan rubio parecía el de un ángel, para después ponerse una mano en la oreja y decir «*Sorry, I don't understand you. Could you repeat, please?*»

Le daba a las frases una entonación muy tierna, como si te estuviera disculpando dulcemente. A pesar de eso, muchos niños al oír esas frases salían corriendo como si hubieran escuchado el idioma de los ogros, y Miss Wells se quedaba con los ojos cerrados un buen rato, esperando una repetición en inglés que nunca llegaba. Pasados unos minutos, Miss Wells volvía a la realidad pestañeando varias veces y parecía como si se acabara de despertar de un sueño.

Ese año, la profesora de Inglés le había pedido a Gretta que le donara uno



de sus cuadros para el proyecto social en África.

Gretta se había sentido muy contenta y le había dado el cuadro de un elefante de colores muy bonito. Miss Wells se lo había agradecido varias veces y le había prometido que en septiembre, cuando regresara de su estancia en Inglaterra, le iba a traer de Londres un autobús rojo en miniatura, de esos de dos pisos.

La profesora de Inglés pasaba los veranos con su familia en Inglaterra, se puede decir que debajo de un paraguas, porque en Londres siempre llovía.

Se rumoreaba que la señorita Wells, en Inglaterra, vivía en un castillo, con sus padres y los fantasmas de sus antepasados. Y que en cierta manera, al venirse a España, había logrado escapar de todos los fantasmas, que no le debían gustar nada.

La señorita Wells siempre estaba sonriendo. Siempre, siempre, incluso cuando te reñía por haber llegado tarde a clase. Como buena británica amaba la puntualidad, pues era una muestra de respeto a los demás.

Aprender así, con una amable profesora que siempre sonreía, era una delicia. No había en el mundo mejor profesora de Inglés que la Wells, eso al menos pensaba Gretta.

—Mira, Blanca, por ahí llegan las tres —dijo Gretta mientras cogía a su amiga de la mano y se encaminaba hacia la entrada del recreo.

—¡Chicas! ¡Estamos aquí! —trató de chillar Blanca, pero solo le salió un hilillo de voz.

Una vez las cinco estuvieron juntas, las chicas saltaron de alegría formando un corro.

Aunque, la verdad, unas estaban más contentas que otras, porque María seguía algo triste, con pocas ganas de celebraciones.

—Vayamos a uno de los bancos, he traído los papeles con nuestros

nombres para hacer el sorteo de la amiga invisible. Están aquí, dentro de este saco —les indicó María no demasiado animada.

Las amigas se arremolinaron en torno al saco que María guardaba entre sus manos. Tras contar los papeles naranjas y comprobar que estaban los cinco nombres escritos, procedieron a sacar cada una un nombre.

—¿Quién quiere ser la primera en sacar su papel? —preguntó María mientras movía el saco de un lado para otro. A lo que el resto de las chicas contestaron al unísono un ¡yo!

—Acabo de tener una idea —reveló Celia muy misteriosa—¿Qué os parece si ponemos una prueba para decidir quién sacará primero el papel?

—¡Sí! —respondió Paula que le encantaban las pruebas—. Podría ser la primera que encestara más canastas, por ejemplo.

—Si, claro, qué lista, como tú juegas a baloncesto... vaya cara, eso no vale —protestó Celia.

—A ver, chicas, no nos enfademos —suplicó Blanca—, yo propongo que la primera que consiga comprarle a Miss Wells algo, será la afortunada en sacar el primer papelito.

—Pues yo no quiero —expuso de pronto María.

—¿Por qué? ¿Te cae mal la de Inglés? —le preguntó Gretta que sospechaba que algo le pasaba a María.

—Venga, dejáros de rollos, vamos a hacer la prueba —dijo Paula echándose a correr en dirección al puesto de Miss Wells.

María fue la única que se quedó en el banco, moviendo el saco entre las manos, y esperando que sus amigas regresaran de hacer la prueba. No se la veía nada contenta ahora que habían nombrado a la de Inglés. A los pocos minutos, Paula volvía con su compra del puesto Wells: una tacita de porcelana en miniatura, muy bonita y delicada.

—¡He ganado!, ¡he ganado! —exclamó haciendo un bailecito.

—Estás demasiado acostumbrada a ganar —le recordó María—, pero piensa que algún día tu suerte puede cambiar —añadió la chica mientras pensaba en que la suya ya había cambiado debido a las malas notas que había sacado en Inglés.

—Qué bobadas dices, no gano por suerte, gano porque me lo merezco —rio Paula, muy segura de sí misma.

Una vez estuvieron todas, Paula metió la mano en el saco y cogió un papel. Con mucho misterio y haciendo un poco el payaso, se fue lejos para que nadie pudiera leer el nombre que le había tocado. Una vez supo su amiga invisible, volvió donde estaba el grupo y lo guardó en el bolsillo de su pantalón bajo la atenta mirada de las demás. A todas les picaba un poco la curiosidad de saber quién le había tocado a Paula.

Una a una fueron sacando el papel del saco, hasta que llegó el turno de María que, tras coger el último y leerlo, lo guardó en su bolso.

—¡Genial, ahora ya sabemos a quién le tenemos que hacer el regalo! Solo queda comprar algo —dijo Blanca muy ilusionada.

—Chicas, ¿qué os parece si nos damos los regalos el primer día de campamento? —preguntó Celia mientras se limpiaba las gafas con el extremo de su camiseta.

—¡Buena idea! —replicó Paula entusiasmada—. Así tendremos tiempo para averiguar qué le hace ilusión a nuestra amiga invisible.

—¡Estupendo! —anunció Gretta—, y también podremos ahorrar un poco de dinero, yo al menos tengo cero céntimos, mi hucha está tan vacía que hay hasta eco, ja, ja, ja.

—¡Sí! —manifestó Blanca en un tono algo más alto de lo habitual.

Todas se giraron hacia donde estaba María. Era la única que aún no había

dado su opinión acerca de darse el regalo de la amiga invisible el primer día de campamento.

Las chicas esperaban que asintiera ilusionada, pues eso era lo normal. Sin embargo, María permanecía callada, mirando el suelo. Nadie se había dado cuenta aún, pero sus ojos se habían empezado a llenar de lágrimas. María trataba de disimular su tristeza y, sentada en el banco, movía las piernas de un lado a otro. Pero cada vez se ponía más nerviosa. Notaba que era el centro de todas las miradas y que sus amigas esperaban una explicación. La visión se le llenaba de lágrimas y veía todo deformado, como a través de una lente. Antes de que nadie pudiera darse cuenta de que un río de lágrimas le caía por la cara, se fue de allí corriendo.

—¡María!, ¡María! — gritó Gretta mientras corría tras ella.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hemos dicho? —preguntó Celia que no entendía por qué María se había ido así, sin decir nada.

—No lo sé, la verdad —replicó Blanca—. Será mejor que esperemos a que Gretta nos cuente y la convenza de que vuelva con nosotras.

Blanca, Paula y Celia, un poco preocupadas, se dirigieron hacia la carpa. En ese momento empezaban los discursos de los profesores y decidieron quedarse. Antes de sentarse en las sillas plegables se compraron un paquete de maíz entre las tres y echaron en sus manos unos cuantos granos.

—Igual podríamos esperar aquí sentadas mientras vuelven Gretta y María. La verdad es que con este enfadito de María se me han quitado las ganas de jugar —expresó Celia un poco desganada—. ¿Os parece?

—Por mí perfecto —afirmó Paula mientras se metía un montón de maíz en la boca.

—Sí, quedémonos aquí un rato, además me gustaría escuchar el discurso de despedida de la señorita Blanch —confesó Blanca.

## Capítulo 3

### *Despedida en la carpa*

Que ese año la señorita Blanch dejara de dar clases de Lengua era todo un acontecimiento. La profesora había estado retrasando ese momento durante años porque, según decía, no iba a saber qué hacer cuando no diera clases.

La directora del colegio, Doña Plan de Vert, una mujer enorme, tanto como un armario o un gigante, que siempre vestía los mismos vestidos de flores, acompañados con unas chaquetas en invierno (por aquello del frío) y sin esas roñosas chaquetas en verano (por aquello del calor) le había dicho a la señorita Blanch que podía seguir viniendo al colegio cuando se jubilara. De esta manera, podría ayudarla con los trámites de admisión de nuevos alumnos y temas relacionados con la gestión administrativa, le había dicho tratando de convencerla.

La señorita Blanch no tenía en su casa más quehaceres que cuidar a su gato de angora, al que cariñosamente llamaba Gatitín, que de tan viejo que era ya no se movía del sofá y a veces dormía durante tantos días que al despertarse había adelgazado un kilo. También tenía que cuidar a una planta trepadora que cariñosamente llamaba Trepadorix, y que ocupaba gran parte de las paredes de su salón, pues la planta también tenía muchos años.

Por estos motivos, es decir, por las pocas cosas que tenía que hacer en su casa, había accedido al ofrecimiento de la directora, muy agradecida y contenta, pues era una forma de no perder el contacto con sus queridos alumnos. Además, su experiencia era tanta que seguro que podría ayudar a otros profesores a preparar las clases de la manera más didáctica y entretenida para los alumnos. Eso pensaba ella.

El resto del profesorado tenía muy claro que iba siendo hora de que la señorita Blanch se jubilara, pues llevaba muchos, muchos años, dando clase. Por eso aplaudieron el ofrecimiento de Doña Plan de Vert que permitía a la

señorita Blanch seguir echando una mano en el colegio.

A Blanca le daba mucha pena que la señorita Blanch dejara de dar clases de Lengua. Con ella aprendía muchas cosas.

Después del ajedrez, la lectura y la escritura eran las diversiones de Blanca, por eso la clase de Lengua le resultaba de lo más estimulante.

Blanca siempre encontraba la manera de aplicar lo que explicaba la profesora de Lengua cuando escribía sus redacciones y poemas. Y ahora que la señorita Blanch se jubilaba, la chica se sentía un poco abandonada y temerosa pues no conocía quién sería la nueva maestra de Lengua.

Blanca no pudo evitar emocionarse cuando vio subir al escenario a la señorita Blanch, desde donde hablaría a un auditorio lleno principalmente de adultos y algunos alumnos. Blanca la vio subir el escalón, decorado con flores de papel en forma de estrella, mientras el profesor de Física la ayudaba en esta breve ascensión, cogiéndola del brazo, tan delicadamente como si la profesora fuera de porcelana china.

Blanca estaba tan atenta que no pestañeaba, y la vio acercarse al micrófono con esos pasos suyos cortos pero enérgicos, tan característicos de la señorita Blanch. Su moño seguía ahí, en lo alto de su cabeza, como un pompón de nata convertido en roca. Ni un pelo del moño se le movió cuando se acercó al micrófono aunque, la verdad, parecía algo nerviosa. Y aún pareció más insegura cuando, al acercar su boca al micrófono, se escuchó un pitido que casi deja sordos a los allí presentes.

Demetrio, el profesor de Física, se levanto de su asiento y llevándose las manos a la cabeza, se acercó hasta el micrófono. Se le veía apurado y parecía que no sabía muy bien qué hacer, pues iba de aquí para allá gesticulando de manera exagerada.

Tras ajustar unos cuantos cables, se sintió mejor, aunque no dejaba de preguntarse en voz baja qué ley de la electricidad no había funcionado si siempre funcionaban todas, o qué era lo que había conectado mal. Se acercó al micrófono y pidió disculpas, brevemente, por aquel fallo técnico que casi

deja sordos a todos.

Una vez estuvo resuelto el problema del sonido, la señorita Blanch se volvió a acercarse al micrófono. Abrió la boca como para empezar a hablar pero se quedó callada. Una sonrisa nació de su arrugada boca. Pasó varios minutos mirando a la gente, asintiendo, hasta que por fin y para asombro de todos (pues era sabido que la señorita Blanch hablaba por los codos) dijo: hay ocasiones en las que una se queda sin palabras. Tras decir esto, sacó un pañuelo de la manga de su blusa y se lo pasó por los ojos: ella también se había emocionado.

El estruendo de los aplausos inundó la carpa y varios padres se pusieron en pie para seguir aplaudiendo. La señorita Blanch se ruborizó e hizo un gesto con las manos para que se sentasen de nuevo.

Blanca había vencido su timidez y, de pie, aplaudía mientras decía ¡eres la mejor profesora!, ¡viva la señorita Blanch!

Celia y Paula la miraban asombradas pues nunca la habían visto tan lanzada y, sobre todo, nunca habían escuchado su voz tan nítida y rotundamente como en ese momento.

Una vez el público volvió a sus asientos, la señorita Blanch dio las gracias por todos los años en los que había dado clases de Lengua, sin llegar a decir cuántos habían sido, dejándoles a todos con esa duda.

Tal vez ni ella lograba acordarse. Seguramente habría perdido la cuenta de tantos como habían sido y olvidado la mayoría de los rostros de tantos alumnos como habría tenido. Dijo, también, que agradecía a los padres la confianza que habían depositado en ella al dejar en sus manos la enseñanza de la asignatura de Lengua para sus hijos, maravillosos todos, excepto los que se dedicaban a tocarle el moño. Esto último lo dijo riéndose un poco, pero muy poco, y provocó una carcajada general. Después lanzó un beso al aire y se fue por donde había venido, del brazo siempre atento de Demetrio.

—Deberíamos salir a buscar a María y a Gretta. Lo mismo nos están buscando por todo el colegio y lo último que se imaginan es que estamos aquí

sentadas, escuchando los discursos —propuso Paula decidida, levantándose de la silla.

—Sí, esperemos que a María ya se le haya pasado el enfado —deseó Blanca con todas sus fuerzas.

—Ojalá —dijo Celia—. La amistad es una orquesta, ¿no os parece? Si hay un instrumento desafinado o roto, la melodía sonará fatal. Lo mismo en la amistad, si en un grupo hay una amiga triste o enfadada, el grupo también se encontrará mal —añadió mientras Blanca y Paula asentían.

—Como se nota que te encanta la música, Celia —añadió Blanca—. Lo que has dicho es precioso, creo que nunca deberíamos olvidarlo. Si una de nosotras está mal, debemos ayudarla. Creo que deberíamos haber seguido a Gretta cuando se fue detrás de María.

—Aún estamos a tiempo —avisó Paula—. Menos hablar y más hacer.

—¿Sabéis ese refrán que dice «nunca es tarde si la dicha es buena»? —preguntó Blanca que se sabía un montón de frases curiosas y dichos populares.

—Pues... no, ¿qué significa? —dijo Celia, intrigada.

Las tres chicas se dirigieron hacia la salida de la carpa, donde un montón de gente se arremolinaba. Entre saludos, besos y buenos deseos para el verano, no se daban cuenta de que impedían salir o entrar a los demás.

—Es un refrán que dice mucho mi abuela. Significa que el paso del tiempo nunca debe ser un obstáculo que nos impida hacer lo que pensamos que es bueno —explicó Blanca—. Por ejemplo imagínate que llevas toda la vida queriendo aprender a tocar el piano pero nunca has tenido tiempo y cuando ya eres mayor tienes ese tiempo. Podrías pensar que es tarde, ¿no?

—Ah, sí, ya entiendo. Me gusta ese refrán —comentó Celia—. Se lo voy a decir a mi padre que lleva toda la vida diciendo que quiere apuntarse a un curso de fotografía digital. Ahora que ya no va a trabajar por las tardes, puede tener tiempo.



En ese momento pasaron por delante la señorita Blanch y el profesor Demetrio. Ambos profesores las saludaron, la señorita Blanch hizo un gesto cariñoso a Blanca y luego siguieron su camino cogidos del brazo.

—«Nunca es tarde si la dicha es buena», sobre todo en algunos casos, como para estos dos —rio Celia, dando sentido a la frase que Blanca les acababa de explicar.

Ja, ja, ja, rieron las tres.

## Capítulo 4

### *Todas para una*

Mucho antes de que Celia, Blanca y Paula decidieran salir de la carpa para buscar a las otras dos amigas, mucho antes también de que la señorita Blanch comenzara su discurso, Gretta, que había optado por ir a ver qué le pasaba a María, logró alcanzarla.

Las lágrimas inundaban su rostro y la chica trataba de taparse con las manos sus ojos llorosos.

—Déjame sola —pidió María entre hipos intentando apartar con una mano a Gretta—. Total, es así como voy a estar todo el verano.

—¿Por qué dices que vas a estar sola todo el verano? —preguntó Gretta muy extrañada—¿No vas a venir a la piscina por las mañanas como siempre hacemos? ¿Tampoco piensas venir a las fiestas de pijama? ¿Ni a la finca de Paula a hacer una barbacoa con los padres?

María lloraba más y más. Cada vez que Gretta recordaba alguna de las actividades que solían hacer las cinco cada verano, María se sentía peor.

—Por favor, Gretta, cállate, no me recuerdes lo bien que nos lo hemos pasado siempre en verano —suplicó María muy triste.

Las cinco chicas se conocían desde los tres años. Habían comenzado el colegio todas en la misma clase y, desde entonces, habían mostrado que las cinco se llevaban especialmente bien. Por eso sus madres también se habían hecho muy amigas, pues solían encontrarse en el parque y, mientras las niñas jugaban con la arena o se lanzaban en tobogán, las madres las cuidaban y conversaban. De esta forma habían ido cogiéndose mucha confianza las unas con las otras, con el pasar de los años y de los cursos.

—No, no te voy a dejar sola. Cuéntame qué te pasa, por favor —le susurraba Gretta mientras le cogía la mano—. Yo no dejo sola a una amiga y menos aún si está llorando.

Gretta y María habían sido las primeras en conocerse en primero de infantil, y la profesora al verlas tan contentas jugando juntas, les había hecho una foto. Gretta la tenía puesta en el corcho de su habitación, sujeta con una chincheta. En la imagen se veía a las dos niñas sonriendo, mientras trataban de meter varias piezas de colores en forma de círculo, dentro de una casita de plástico.

La verdad es que llamaban la atención por su alegría, pues muchos otros niños de la clase estuvieron llorando durante todo el día. Ellas no, ellas se habían caído tan sumamente bien desde el primer momento que ya se intuía que esa amistad iba a durar quién sabe si toda la vida.

—Llevas unos días muy rara, con la mirada gris — aseguró Gretta a su amiga.

—¿Con la mirada gris? —preguntó María, extrañada, mientras se sonaba la nariz con un pañuelo de papel.

María parecía algo más calmada al sentir cerca a Gretta.

—¿Nunca te he contado que la mirada de las personas es de colores? — preguntó Gretta satisfecha pues había logrado captar la atención de María.

—Sí, creo que me lo has contado unas cuantas veces, aunque nunca he acabado de entenderlo muy bien ¿Te refieres al color de los ojos? —dijo intrigada María mientras se secaba las lágrimas con las manos.

—No, no me refiero a eso, me refiero al color del sentimiento que la persona lleva dentro, en su corazón y que se ve en su mirada —explicó Gretta—. La tuya es gris porque estás triste.

—Sí, lo cierto es que estoy triste —confesó María mientras sacaba de su bolso un espejo para mirarse los ojos e intentar descubrir el gris de su mirada

—Yo lo único que me veo son los ojos rojos de haber llorado.

—Bueno, María, no te preocupes, cuéntame lo que te está apenando tanto —le pidió Gretta mientras le daba un gran abrazo.

Las dos chicas hablaron durante un buen rato. Gretta sabía escuchar a las personas. Era cuestión de tiempo que María le contara lo que le pasaba y Gretta tenía la paciencia necesaria como para saber esperar el momento adecuado.

—Me siento tan mal que creo que no tengo ninguna virtud, ninguna cualidad, nada bueno —determinó María después de haberle contado lo que le sucedía.

—¿Cómo puedes decir eso? —dijo Gretta extrañada—Tienes muchísimas cosas buenas. Que algo salga mal no significa que tú dejes de ser quien eres.

—A veces no entiendo muy bien lo que dices, pero me gusta escucharte y tenerte como amiga —le confesó María, que había comenzado a sonreír.

Gretta se acordó, en ese momento, de la carta que había encontrado toda arrugada en su taquilla. Aquella que le había escrito tras un enfado y en la que escribió todas las cosas buenas de su amiga. Se tocó el bolsillo trasero del pantalón vaquero, que era su favorito, y sacó el papel.

—Toma, esto es para ti—le dijo mientras le daba el papel—. Es el momento de que leas esta carta. Como verás por la fecha está escrita hace algunos meses, pero sigo pensando lo mismo —sonrió Gretta.

—Gracias —dijo María que ya estaba más tranquila.

En ese momento, Blanca, Paula y Celia se acercaban hasta donde estaban las dos chicas. María guardó la carta en su bolso para leerla más tarde.

Por fin estaban todas juntas, otra vez.

—¿Os apetece jugar a algo? —preguntó Paula—Hay un montón de

actividades interesantes en la fiesta.

—Por mí perfecto. Podríamos jugar a la diana, este año si das en el centro te llevas un buen regalo —aseguró Blanca.

—Estupendo, vayamos para allí. Pero antes pasemos a comprarnos un helado de fresa, por favor —pidió Celia que era muy golosa.

Las chicas se dirigieron, contentas, hacia la máquina de helados. Les encantaba poder montar el helado sobre el cucurucho ellas mismas y decorarlo con pepitas de chocolate.

## Capítulo 5

### *Reunión de emergencia*

Gretta no pudo esperar ni un minuto más y esa misma noche, en cuanto se quedó sola y aunque estaba muy cansada después de todo el día en la fiesta del colegio, escribió el siguiente mensaje:

*¡Reunión urgente!*

*Mañana a las diez de la mañana en la casa del árbol. Es muy importante que María no se entere de nada, por favor, no paséis el mensaje a su gato.*

*-TOP SECRET-*

Después de escribir la nota a toda prisa, despertó a su gato Mufy. Tuvo que zarandearlo varias veces, pues el felino estaba profundamente dormido sobre su cojín. Mufy era un gato blanco muy dormilón, pero también muy obediente.

Una vez despierto y tras acariciarle varias veces la cabeza, Gretta, como si el gato fuera capaz de entenderle, le dijo: «ahora debes ir a casa de Paula y colarte por la gatera de la puerta de su cocina para llevarle este papel que te voy a meter dentro del collar, por favor, gatito, luego te daré tu chuchería de premio. No tardes y, sobre todo, no hagas mucho ruido. Es muy importante que todo salga bien, ¿lo entiendes?»

De todos es sabido que los gatos son los animales más silenciosos del mundo, que no suelen hacer ruido al andar y que, salvo raras ocasiones van a su aire, sin meterse con nadie, así que por ese lado no había nada que temer. Lo que a Gretta le preocupaba era que los padres de sus amigas hubieran cerrado ya las puertas para los gatos que todas tenían en sus casas, con la

intención de que ninguno se escapase. Por eso Gretta se había dado tanta prisa en escribir la nota y despertado a Mufy. No podía esperar a mañana.

La chica pensó que todo sería más fácil si cada una tuviera su teléfono móvil. De esta manera, seguro que no necesitarían comunicarse mediante sus gatos, aunque tenía que reconocer que usar los gatos tenía su gracia.

Mufy abrió su boca para bostezar, tanto que parecía un león. Luego se estiró varias veces. Se acercó a las piernas de Gretta y pasó varias veces por ellas como si estuviera pidiéndole que le dejara dormir, o como si reclamase su premio antes de tiempo. Gretta no se ablandó, Mufy era un gato muy embelesador, capaz de conseguir sus propósitos, así que Gretta insistió en que debía darse prisa y dejarse de cariños, que pronto, en cuanto regresara, le daría su chuchería.

—Te prometo que podrás elegir la que más te guste, la de forma de ratón o la de forma de pez —le dijo mientras sacaba el tarro de chucherías para gatos que tenía en la despensa, dentro de un cajón con llave.

Mufy se lamió las patas de delante y maulló antes de irse. Lo último que desapareció del gato, por el hueco de la puerta de la casa, fue su larga y suave cola blanca, acompañada de un maullido que se fue perdiendo a través del jardín.

Gretta quiso comprobar que el gato tomaba el camino adecuado, en dirección a casa de su amiga Paula. Así que se acercó hasta la ventana de la cocina, corrió un poco la cortina y pegó la nariz al vidrio.

La noche había caído sobre el barrio donde las cinco amigas vivían y la luna llena de junio iluminaba la calle. Mufy se coló en el seto que separaba la casa de Paula y la de Gretta y la chica tuvo la certeza de que el mensaje pronto estaría en manos de Paula. Después solo debería seguir su camino, y pasar de gato en gato.

Desde Mufy a Gardo, el gato de Paula, y de este a Mim, la gata de Blanca para terminar, esta vez, en las garras de Nira, la preciosa gata persa de Celia. Y era muy importante que María no se enterara de nada, ni ella ni su

gato Glum, claro está.

Gretta continuó mirando por la ventana de la cocina. Seguía con la nariz pegada a la ventana y se habían formado, debajo de su nariz, dos manchas de vaho en las que Gretta creyó adivinar la forma del mapa de África. La chica quería esperar a Mufy y comprobar que regresaba sin el papel atado al cuello. Los árboles de su jardín se movían por el viento y un grillo cantaba rítmicamente, casi como el tic-tac de un reloj.

Eran ya las doce de la noche y temía que sus padres bajaran a la cocina y la vieran despierta, pero no podía hacer otra cosa que esperar la llegada de su gato: debía darle su recompensa. Le había dado su palabra, su palabra de humana, y no quería que su preciosa mascota dejara de confiar en ella. Así que con la luz apagada, sentada junto a la ventana en un taburete alto, esperó.

Durante ese rato tuvo tiempo de pensar en la reunión que tendría lugar a las diez en la casa del árbol. Hacía mucho tiempo que ese lugar se había convertido en una especie de refugio para las cinco amigas. Allí conversaban, se contaban sus cosas y planteaban sus problemas. Allí, siempre encontraban una idea y una solución.

Esta vez no iban a estar todas, pues la reunión iba a tratar sobre cómo podían ayudar a María y de momento, María no debía enterarse de nada. Le había contado a Gretta lo que le sucedía pero no quería que las demás amigas se enterasen. Bueno, en realidad, ella no pensaba contárselo a nadie, le daba bastante vergüenza. Pero Gretta sabía que necesitaban de su unión como grupo de mejores amigas para ayudar a María.

Solo había un pequeño inconveniente que Gretta había resuelto al instante: la casa del árbol estaba en un árbol, obviamente, y ese árbol estaba en el jardín de María.

Como María no debía enterarse de nada, Gretta había propuesto una hora para quedar en la que María y sus padres no iban a estar en casa. Ciertamente era que el árbol quedaba en la parte de detrás de la casa y que con un poco de suerte ni siquiera estando se hubieran dado cuenta, pero Gretta prefirió no jugársela.



Los domingos a las nueve los Lomper salían de casa y no regresaban hasta las cinco o las seis de la tarde. Les encantaba pasar los domingos en el campo y se iban de excursión llevándose la comida en una nevera portátil. Así que era perfecto quedar a las diez, nadie iba a sospechar nada.

El ruido de la gatera de la puerta de la cocina hizo que Gretta regresara de sus pensamientos. Mufy venía sin la nota al cuello y ronroneaba pidiendo su chuchería.

—Eres el mejor gato del mundo —le dijo Gretta al tiempo que con una linterna iluminaba el tarro de las golosinas—. Como lo has hecho muy bien te voy a dar dos, ¿quieres estas con forma de ovillo de lana?

El gato ladeó la cabeza y se restregó una de sus patas por los bigotes, al tiempo que paseaba su áspera lengua por su hocico, como relamiendo ya los dulces para gatos.

—Buenas noches, querido gato —susurró Gretta al tiempo que un bostezo rompía su sonrisa.

## Capítulo 6

### *La casa del árbol*

El ruido de las primeras gotas de lluvia despertaron a Gretta esa mañana de domingo. En junio no solía llover, pero ese día el sol se había escondido y una gran nube gris cubría el cielo.

Cuando se asomó a la terraza de su habitación, aún en pijama, varias gotas de lluvia cayeron sobre su pelo y sintió un escalofrío.

Si hubiera estado ahí su madre le hubiera dicho que entrara en casa, que se iba a acatarrar. Pero su madre no estaba, seguramente estaba en el piso de abajo preparándose unas tostadas para desayunar, eso al menos parecía a juzgar por los ruidos procedentes de la cocina. O tal vez aún estaba durmiendo y era su padre el que armaba jaleo de platos y tazas.

A Gretta no le importaba mojarse, así que ignoró el escalofrío y las gotas de lluvia mojando su pelo y miró hacia arriba: quería comprobar el tamaño de la nube y así poder saber si la lluvia duraría mucho o poco.

Cuando miró al cielo vio una nube grande que parecía muy esponjosa. Le dieron ganas de tocarla con sus manos y en un primer instinto estiró el brazo para acariciarla pero enseguida desistió: no es tan fácil tocar el cielo, se dijo.

¿Cómo era posible que las nubes fueran tan grandes? ¿Cómo eran capaces de llevarse la luz? Se preguntó Gretta mientras se restregaba los ojos para ver mejor la nube.

Además de ser grande, tenía forma de bota. Gretta pensó en Italia. Siempre se imaginaba mapas de países porque a ella le encantaba viajar y, cada uno ve el reflejo de sus deseos. Italia era uno de los países a los que pensaba viajar cuando fuera mayor o, a lo mejor, si lograba convencer a sus padres podrían ir de vacaciones un verano y visitar Florencia, Roma y Milán.

A Gretta siempre le había gustado jugar a adivinar formas en las nubes. Algunas tardes de otoño, en las que estaba aburrída, salía a su jardín y, tumbada en la hierba, con las manos cruzadas detrás de la cabeza miraba al cielo. Entonces se lo pasaba muy bien viendo pasar todo tipo de mapas, recorriendo el mundo de esa manera.

Aunque no era lo único que veía en la forma de las nubes, también veía rebaños de ovejas, letras, pelotas, sapos y caballos. Las nubes eran capaces de contener todo aquello igual que eran capaces de llevar el agua de un sitio a otro.

Una vez hubo comprobado el tamaño de la nube, la chica volvió dentro de su habitación. El ruido de la lluvia cayendo sobre la claraboya de su habitación sonaba cada vez más fuerte y rápido, y eso le puso alerta sobre una posible tormenta de bastante duración.

¿Suspenderían los Lomper su excursión a causa del mal tiempo?

Miró el reloj que tenía sobre la mesilla. Eran las ocho. Aún quedaban dos horas hasta la reunión en la casa del árbol y la lluvia podía cesar, se dijo en voz baja para tranquilizarse.

La verdad es que Gretta no creía que cuatro gotas fueran a dejar sin el pícnic del domingo a la familia de María, pero por un momento estuvo tentada de enviar a su gato, otra vez, con una nota diciendo que abandonaban la misión.

Menos mal que no lo hizo pues su gato Mufy odiaba el agua, como la mayoría de los gatos, y se las hubiera visto y deseado para conseguir que saliera de casa un día de lluvia. Ni con una lata entera de chucherías para gatos hubiera conseguido que Mufy atravesara la gatera.

Cada vez tenía más claro que tenían que pedir a los padres, todas las amigas a la vez, que les compraran el móvil. Aquello de los gatos, pese a resultar divertido, no podía servirles durante mucho más tiempo.

Aunque les hacía gracia lo de comunicarse a través de los gatos, a veces

las chicas se sentían como unas antiguas.

En clase de Historia habían estudiado que, en las guerras, los ejércitos en la antigüedad, cuando aún no se había inventado el telégrafo se mandaban mensajes mediante palomas mensajeras. Ellas no eran un ejército, pero aún usaban gatos mensajeros para comunicarse...

Gretta volvió a la cama con un cuaderno y sus lápices de colores. Haría un acta para la reunión de las diez, estaba segura de que pararía de llover y los Lomper saldrían de pícnic.

Con unas letras muy bonitas que había aprendido a hacer en un tutorial, escribió en una de las hojas de su cuaderno preferido: «Temas a tratar en la reunión de emergencia».

«Punto número uno», continuó escribiendo, «María nos necesita».

Varios golpes resonaron en la puerta de su habitación y Gretta se sobresaltó. Escondió el cuaderno bajo las sábanas rápidamente, pues no quería que nadie descubriera sus notas y dijo «adelante».

—Cariño, tienes el desayuno preparado, si quieres desayunar con nosotros será mejor que bajas ya — Oyó que decía su padre desde el otro lado de la puerta, sin llegar a abrirla.

—Ya bajo papá, esperadme por favor —pidió la chica abandonando la cama de un salto y guardando el cuaderno en el cajón de su mesa de estudio.

Le encantaban los días que desayunaban los cuatro juntos, aunque no estaba segura de que su hermano Luis se hubiera levantado ya.

El olor de los cruasanes a la plancha actuaba como un imán para Gretta. Los rellenaría con mermelada de fresa que era su favorita.

## Capítulo 7

### *Siempre sale el sol*

—¿Por qué miras tanto el reloj, cariño? —le preguntó su madre después de ofrecerle otro cruasán.

—He quedado a las diez en la casa del árbol con mis amigas y no quiero llegar tarde —contestó Gretta muy animada al ver que había dejado de llover —.Me dejáis ir, ¿verdad?—preguntó la chica con la boca manchada de mermelada.

—Claro, cariño, pero ya sabes que a las doce tienes que estar en casa. Hoy comemos en casa de los abuelos. Ah, por cierto, no olvides hacerte la cama antes de irte—. Le recordó su madre.

Gretta solía olvidarse de su cama un minuto después de abrir los ojos cada mañana.

Parecía que nada más poner un pie en el suelo, olvidaba por completo que ese revoltijo de sábanas en que se había convertido su cama no se arreglaba solo. Que el almohadón, la colcha y la sábana bajera no tenían vida propia para estirarse y dejar la cama hecha ella solita.

Ojalá hubiera sido así y Gretta no tuviera que gastar tiempo en hacer la cama, porque ella siempre tenía mucha prisa. Eso le decía a su madre cada vez que esta descubría que la chica se había ido al colegio sin hacer la cama. Aunque la verdad es que Gretta siempre buscaba hacer otras cosas porque lo de la cama no iba con ella. Realmente era una de las tareas que menos le gustaba. Prefería mil veces ordenar su habitación.

Sin embargo, ese verano no se iba a librar ya que su madre le había dado un último aviso: si este verano no te haces la cama todos los días, no irás al campamento «Verano en la montaña», así era como se llamaba el campamento

organizado por el profesor Lechuga.

El hecho de que ya tuviera la edad suficiente como para poder ir al campamento le hacía muy feliz y no se la iba a jugar por no cumplir con sus tareas.

Gretta y sus amigas llevaban planeando lo que harían cuando por fin tuvieran 10 años, edad en la que sus padres les prometieron que irían juntas a alguna colonia de verano o a algún campamento, porque ya las consideraban lo suficientemente mayores y responsables.

Las chicas contaban los años que les quedaban desde que en primero de primaria, el profesor Lechuga propusiera a la Asociación de padres y madres del colegio organizar un campamento en agosto para que los alumnos tuvieran ocasión de vivir quince días en la naturaleza. Vieron en este campamento organizado desde el colegio una gran oportunidad para cumplir su sueño de pasar las vacaciones todas juntas.

Desde que la propuesta del profesor Lechuga fue aceptada, comenzó a crecer la lista de personas que querían asistir, no solo del colegio sino de otras escuelas de la ciudad. La idea de pasar unos días en plena naturaleza, de poder hacerse sus propias cabañas de madera, de poder recolectar leña para usarla en la cocina, era algo que no solo entusiasmaba a los niños sino también a sus padres.

Pero, algo había sucedido, con lo que no contaban, que hacía peligrar la felicidad que todas sentían al pensar en el campamento y eso era justo lo que iban a tratar de solucionar en la reunión de la casa del árbol.

Gretta llegó la primera a la casa del árbol. Tuvo especial cuidado en que nadie la viera pasar al jardín de los Lomper mientras ellos no estaban.

La vecina de enfrente era muy cotilla y solía estar escondida detrás de su visillo observando cualquier movimiento en los alrededores de su casa, a través de los agujeros del ganchillo de la cortina.

Todas las chicas debían asegurarse de que doña Clocota no estaba

espiando detrás de la ventana mientras saltaban el seto de la casa de María. Menuda se podía armar si la viejecita veía a alguien entrando en el jardín de enfrente. Doña Clocota era capaz de llamar a seguridad o de sacar a Dug, un enorme perro con unos colmillos de lobo que daban miedo. O incluso, decirles a los Lomper que habían estado allí «las niñas» que era como llamaba doña Clocota al grupo formado por María, Paula, Blanca, Gretta y Celia.

Si eso sucedía, María acabaría enterándose de que habían tenido una reunión sin ella y podría llegar a sentarle bastante mal, teniendo en cuenta que no pasaba por un buen momento.

Gretta subió las escaleras de madera para acceder a la casa del árbol mientras se sujetaba a la cuerda que el padre de María había colocado como medida de seguridad, por si un día la escalera fallaba. Una vez arriba, se descalzó y ahuecó un poco los cojines de colores que cubrían el suelo de la casa del árbol. Era como andar por las nubes de tan blando que estaba. La chica se sintió muy a gusto allí.

Tocó con el dedo el marco de una foto que colgaba de la pared. Estaba lleno de polvo, tanto el marco como el cristal. En la foto aparecían las cinco amigas sonriendo el día que inauguraron aquel maravilloso refugio que el padre de María les había construido y que ellas, con el paso del tiempo, fueron decorando a su gusto. Desde entonces, la casa del árbol había sido testigo de muchos juegos, de confesiones, un lugar donde buscar soluciones y también celebrar fiestas.

El rumor de unos pasos que se dirigían hacia la casa del árbol sacó a Gretta de sus pensamientos. Colocó de nuevo la fotografía en la pared y se asomó a ver quién venía. Era Celia. Llevaba consigo su flauta travesera porque les había dicho a sus padres que iba a dar un concierto a sus amigas.

—Pero Celia, eso hoy no va a poder ser, no podemos hacer mucho ruido —le dijo Gretta en voz baja.

—Lo que sale de mi flauta no es ruido, Gretta, es música —puntualizó la chica algo molesta.

—Bueno, sí, entiéndeme, quiero decir que no podemos llamar la atención, ni con música, ni con nuestras voces. La reunión de hoy es «Top Secret» lo puse claramente en la nota —susurró Gretta

—Vaya, pues eso no lo leí, seguro que lo escribiste con letra muy pequeña y ya sabes que sin las gafas no las veo bien —dijo Celia pensativa.

—Pero... no le habrás dicho nada a María, ¿no? Acordamos no pasarle la nota a su gato y, según recuerdo, tu gata Nira era la penúltima, después pasaba a Glum el gato de María —puntualizó Gretta.

—¡Tranquila! Te estaba gastando una broma, llevaba las gafas puestas — dijo Celia sacando la lengua y guiñando un ojo a su amiga a modo de burla.

—¡Miauuu! —se escuchó de pronto, al tiempo que aparecía Glum y se ponía a jugar con los colgantes de conchas que adornaban una de las paredes de la casa del árbol.

—Ven, gato bonito —le dijo Celia mientras colocaba su flauta en un lugar seguro.

Parecía como si el gato también estuviera preocupado por la tristeza que esos días inundaba los ojos de María. Tras recibir las dulces caricias de Celia, el gato se sentó en uno de los cojines y esperó como uno más la llegada del resto de las chicas.

El sol se colaba por los agujeros de las paredes e iluminaba cientos de partículas que flotaban en el aire. La luz acariciaba cada rincón de la casa del árbol: las paredes hechas con tablas de madera, las conchas de la pared, la pizarra, las tizas de colores, los cojines del suelo, el baúl de los secretos con su enorme cerradura, las estanterías, todo estaba en orden. Todo transmitía paz.

Gretta sonreía, algo le decía que todo iba a salir bien, que siempre había una solución para todos los problemas. Estaba segura de que gracias a las ideas que esa mañana iban a compartir, encontrarían una solución al problema de María.



—Siempre sale el sol —dijo Celia suspirando.

—Y siempre hay una solución para todo —respondió Greta.

## Capítulo 8

### *Soluciones de colores*

Paula llegó tarde a la reunión de la casa del árbol. Se había entretenido jugando al baloncesto en la canasta que tenía en su jardín, así que cuando apareció con la pelota debajo del brazo y la cara sonrosada por el ejercicio, nadie le preguntó qué había estado haciendo.

Se sentó rápidamente en el suelo y solo Blanca le hizo un gesto, muy discreto, señalando sus zapatillas de deporte.

Paula inmediatamente entendió el gesto y se las quitó, dejándolas junto a la puerta.

Era una costumbre que intentaban mantener, la de descalzarse antes de entrar, para poder pisar con los pies el suelo lleno de cojines.

Glum bostezó enseñando sus pequeños y afilados dientes de gato y, tras estirarse, se acercó hasta las zapatillas, las olió y empezó a jugar con los cordones.

—Estate quieto, Glum, son mis zapatillas nuevas y no me gustaría nada que las rompieras —dijo Paula un poco molesta.

Gretta, que estaba de pie junto a la pizarra, mandó guardar silencio: no había más tiempo que perder. En su mano sostenía una caja, en cuyo interior había tizas de colores. Todas sabían que Gretta iba a dibujar, en la pizarra, el problema al cual se enfrentaban.

Para Gretta era muy importante poder hacer un dibujo del problema. Le ayudaba a ver su forma y a poder escribir, al lado, todas las posibles soluciones.

—Como sabéis el otro día María se echó a llorar en el colegio, en la fiesta

de fin de curso —declaró Gretta explicando el asunto por el cual las había convocado en una reunión «*Top Secret*».

Nada más terminar la frase, se oyó el ruido de la tiza en la pizarra. Un polvillo azul comenzó a flotar en el aire, iluminado por el sol. Gretta acababa de dibujar una enorme lágrima.

Todas sabían que cuando Gretta comenzaba a dibujar un problema era mejor no interrumpirla ni distraerla con preguntas, así que permanecieron muy atentas. Ya habría tiempo de hablar más adelante.

—La razón de su llanto es que ha suspendido Inglés — contó mientras cogía la tiza de color rojo y dibujaba una hoja de papel dentro de la lágrima. Esto quería representar el examen suspenso de María.

Paula se sorprendió con la noticia y le costó reprimir una exclamación de asombro. A veces era demasiado impulsiva y no pudo evitar un «¡Oh, no! ¿En serio?»

Gretta dejó la tiza roja en la caja con la que acababa de dibujar y asintió con la cabeza.

—Imagino que no hace falta que os explique lo que esto significa, o tal vez sí —anunció en tono triste mientras dibujaba una flecha de color gris saliendo de la lágrima y una mesa de estudio junto a un sol enorme.

—Tendrá que estudiar todo el verano —continuó Gretta—. Y eso significa que no podrá venir al campamento —comentó mientras de una tiza verde salía una montaña y una cabaña.

Gretta tenía tanta facilidad para dibujar que era como si los dibujos salieran solos de las pinturas, de las acuarelas, de las tizas, de cualquier cosa con la que se pudiera dibujar. Parecía magia: como si los dibujos hubieran estado esperando atrapados en cada pintura para que ella los liberara.

Hubo un momento de silencio en el cual cada chica miraba el problema dibujado e intentaba encontrar una solución.

—Encontraremos una alternativa para que María pueda venir al campamento —se atrevió a decir Blanca que se puso de pie mientras se cogía una mano con la otra—. Se me acaba de ocurrir una idea.

Gretta hizo una línea que separaba la pizarra en dos partes. A un lado quedaba la lágrima y en el otro las posibles soluciones.

—Muy bien, Blanca, ahora escoge un color —le pidió Gretta acercándole la caja de las tizas.

—El lila —dijo Blanca mientras sacaba de la caja la tiza de este color.

—Explícanos ahora tu «idea lila» —pidió Gretta sonriendo al pensar que ya empezaban a asomar las ideas en la casa del árbol.

—Yo pienso —habló Blanca en un susurro— que la solución es que la ayudemos para aprobar el examen y, además, convencer a Miss Wells de que adelante la fecha de la recuperación. Si logramos que María haga el examen antes de que nos vayamos al campamento y lo apruebe habremos solucionado el problema.

Gretta dibujó a las cinco chicas unidas y a la profesora de inglés haciendo un gesto de «ok» con su dedo.

—Me parece muy buena idea, solo hay un pequeño problema: Miss Wells viaja a Londres todos los veranos para reunirse con sus familiares, entre los cuales —carraspeó Gretta—, se rumorea que hay incluso fantasmas. Lo de los fantasmas no sería un inconveniente, lo que sí sería un problema es que Miss Wells viaja desde finales de junio hasta finales de agosto y, por lo tanto, solo tendríamos una semana y media para explicarle la asignatura a María y que ella estudiara. Y eso en el mejor de los casos, es decir, en el caso de que Miss Wells accediera a nuestra petición.

—Os habéis empeñado en que María tiene que estudiar... pero yo sé una manera de que apruebe sin estudiar —manifestó Paula con aire misterioso.

—¡Oh!, estoy intrigada —exclamó Gretta mientras le acercaba la caja de

las tizas para que escogiera una.

—Ja, ja, ja, lo que voy a proponer es muy sencillo, no hay mucho misterio —rió Paula mientras escogía la tiza amarilla y se la entregaba a Greta.

—Cuéntanos, entonces, tu «idea amarilla» —le insistió Greta impaciente.

—Fácil: daremos el cambiazo al examen de María —anunció Paula—. Lo malo será si nos pillan, pero creo que con un poco de disimulo podemos ir hasta el despacho de Miss Wells, buscar el lugar donde tiene los exámenes guardados y cambiar el examen suspendido de María por otro aprobado, ¿qué os parece? Luego María tendría que pedir a Miss Wells que le permitiera ver los fallos de su examen. Cuando la de Inglés lo sacara, vería que estaba aprobada. Miss Wells pensaría que había sido un despiste suyo y corregiría las actas de las notas.

Greta se esmeraba en dibujar la solución que Paula les había ofrecido. No era fácil plasmar en la pizarra esa idea. Al final, dibujó dos exámenes y una mano cambiándolos.

—Es buena idea, aunque demasiado arriesgada —dijo Celia que había permanecido en silencio hasta ese momento—. Además, ¿os acordáis de las preguntas?, ¿cómo íbamos a dar ese cambiazo?

—Podemos hacer memoria entre todas. Si no, una vez allí lo copiamos bien y ya está —aseguró Paula.

—Tampoco podríamos permanecer mucho rato en el despacho, cada minuto que pasáramos allí nos pondría más en riesgo —sentenció Greta con aire pensativo.

—Yo creo que podríamos hablar con los padres de María —propuso Celia —, pedirles que le permitan que vaya al campamento. Explicarles que todas llevamos años esperando este momento y que si María no va, en realidad, es como si nos castigaran a todas.

—¿Dudas de que eso no se lo imaginarán? Estoy segurísima de que saben

perfectamente que llevamos años esperando este verano. Además, no creo que funcione, menudo genio tiene la madre de María. En cuanto se entere de que ha suspendido Inglés le castigará no solo sin ir al campamento sino incluso sin salir en lo que queda de año —sentenció Paula.

—Pobre María, lo tiene que estar pasando muy mal — susurró Blanca.

Gretta había pintado la idea rosa de Celia, para lo cual había dibujado a los padres de María con un enorme «sí» sobre sus cabezas. Desde luego eso era lo que todas querían.

—Muy bien, chicas, ahora voy a coger una tiza para pintar mi idea — anunció Gretta sujetando la tiza naranja.

Gretta comenzó dibujando a mucha gente, todo eran cabezas, brazos, piernas, y sonrisas. Esbozó a sus padres, a los padres de sus amigas, a los monitores del campamento, a personas como María que, habiendo suspendido alguna asignatura, querían ir ese año al campamento.

Dibujó también a distintos profesores y una clase. Las chicas miraban con atención pues no entendían que «idea naranja» estaba proponiendo Gretta. Una vez hubo terminado su dibujo rodeó a toda esa gente con una línea. Daba la sensación de que para llevar a cabo su idea naranja se iba a necesitar a mucha gente, y eso no convenció nada a Paula.

—Creo que, según tu dibujo, necesitamos de todas esas personas para solucionar el problema de María y eso va a ser complicado —dijo Paula mientras movía la boca hacia un lado, como si la idea de Gretta no le convenciese.

—Con esta idea, no solo resolveremos el problema de María, sino también el de todas las personas que quieren ir al campamento y no puedan porque tienen que estudiar —respondió Gretta muy convencida de que su idea era la mejor.

—Ah, ¿te refieres a que le propongamos al profesor Lechuga que haga varios grupos de estudio en el campamento? —preguntó Blanca que acababa

de darse cuenta de qué iba la idea de Gretta.

—Así es —respondió Gretta—. Además habría un profesor de apoyo todo el día y las personas que hubiéramos aprobado podríamos ayudar.

—La idea es genial y muy generosa, pero hay algo que no me convence —dijo Celia que era partidaria de hablar con los padres—. ¿Crees que los profesores sacrificarían sus vacaciones por venir al campamento a explicar lo mismo que han explicado durante el curso? Me da a mí que no tendrán ni pizca de ganas...

—Tampoco tienen por qué ser los mismos profesores del colegio, pueden ser profesores en prácticas por ejemplo —explicó Gretta emocionada al pensar en que tenía en sus manos la solución.

El ruido del motor de un coche procedente del garaje de la casa de María hizo que las chicas se callaran de repente y se quedaran quietas como estatuas de hielo. El gato de María maulló y, de un salto, salió de la casa del árbol y se fue corriendo hasta el coche: su dueña había regresado.

María acarició al gato y este le respondió lamiéndole la mano con su rosada lengua.

Si el gato hubiera sabido hablar el lenguaje de los humanos, le hubiera dicho que no fuera hasta la casa del árbol, que sus amigas, que la querían mucho y la apreciaban, se habían reunido en secreto para encontrar una solución y que pudiera ir al campamento ese verano. Pero el gato solo sabía el lenguaje de los gatos ( y un poco el de las palomas) y no hacía más que maullar y maullar como tratando de explicar algo. Como María tampoco conocía el lenguaje de los gatos, solo el de los humanos (y un poco el de los patos) no supo que Glum le estaba advirtiéndole de lo que iba a encontrar si seguía caminando hacia la casa del árbol.

Pero María había regresado de su excursión muy triste y solo tenía ganas de esconderse en la casa del árbol.

Allí, leería de nuevo la carta que Gretta le había dado en la fiesta de fin de

curso. Le animaba saber que su amiga veía todas esas cosas buenas en ella, ahora que estaba tan hecha polvo y se sentía tan mal.

Era una suerte poder confiar en Greta y en las demás y por ese lado se sentía muy afortunada. También era una suerte poder resguardarse de su propia tristeza en la casa del árbol, un lugar donde se encontraba a salvo de todo.



## Capítulo 9

### *A suertes*

Como convertidas en piedras por un hechizo, Gretta, Paula, Blanca y Celia estaban inmóviles dentro de la casa del árbol. Escuchaban, asustadas y sin saber qué hacer, los pasos de María dirigiéndose hacia allí, cada vez más cerca. Sin poder reaccionar, pues no había lugar para esconderse, ni una segunda entrada por la que huir, se sintieron atrapadas.

Una ráfaga de viento entró por la ventana, justo cuando apareció María y las chicas sintieron un escalofrío.

Al ver allí a sus amigas, los ojos de María se abrieron como dos enormes platos: no se creía lo que veía. No entendía que hacían todas allí menos ella. Se sentía engañada y traicionada. La amistad que era el salvavidas al cual se agarraba en esos momentos de tristeza se desinflaba como un globo.

—¿Qué es esto? —exclamó frotándose los ojos una y otra vez—¿Una reunión sin mí? —María rompió a llorar—¿Solo me faltaba esto! ¡Un engaño! ¡Mis amigas traicionándome! ¡Como si no fuera suficiente con...!

María se quedó callada, no quería terminar la frase y decir que había suspendido Inglés. Sin embargo, Celia tomó la iniciativa. Se acercó a María y la abrazó.

—No te preocupes, no es lo que estás pensando. Solo queríamos encontrar la manera para que puedas venir al campamento. Sabemos que has suspendido y queremos que vengas con nosotras este verano. No vamos a parar hasta conseguirlo —afirmó Celia.

María se la quedó mirando y supo que estaba diciendo la verdad. Un poco avergonzada, se retiró hasta donde estaba la pizarra y la observó detenidamente.

Vio el dibujo de la lágrima en azul, el examen en rojo, las multitudes en naranja, el rosa, el lila. En definitiva, vio las cuatro ideas de colores, de sus cuatro amigas.

Se dirigió a ellas y solo pudo decir «gracias, amigas» antes de que ocho brazos y la cola de un gato la abrazaran.

—Vamos, ahora que estás aquí nos resultará más sencillo decidirnos por una de estas propuestas. Lo que tú opines es muy importante. A ver, chicas, ¿cuál pensáis que es la mejor idea? —Gretta señaló la pizarra con el palo de una escoba rota.

María, que no había estado allí durante la puesta en común de las ideas, trató de interpretar los dibujos. Con un poco de ayuda por parte del resto de las chicas comprendió que había cuatro posibilidades:

1.- Idea lila de Blanca: convencer a Miss Wells para que adelante la fecha del examen de recuperación antes de que la profesora viaje a Londres. Ayudar entre todas a María a preparar el examen.

2.- Idea amarilla de Paula: dar el cambiazo y que María pida revisar su examen. Miss Wells pensará que se confundió al pasar las notas porque el nuevo examen estará aprobado.

3.- Idea rosa de Celia: pedir a los padres de María que le dejen ir al campamento. Explicarles lo importante que es para todas.

4.- Idea naranja de Gretta: pedir al profesor Lechuga que ponga clases de repaso en el campamento para que los que han suspendido puedan ir.

Las cinco chicas comenzaron a hablar entre ellas, debatiendo cuál era la mejor solución. Un murmullo de voces llenaba por completo la casa del árbol. Había pasado una hora y Gretta se acordó de que a las doce tenía que irse porque ese día comían en casa de sus abuelos.

—Chicas, yo me tengo que ir dentro de un rato y si no ponemos un poco de orden, esto puede ser eterno —anunció Gretta tratando de que las demás

cooperaran.

Pero no lograban ponerse de acuerdo pues a cada una le parecía que la suya era la mejor idea, la que debían llevar a cabo. Al final, después de mucho rato discutiendo, concluyeron que lo echarían a suertes.

Desde luego, hicieran lo que hicieran iban a necesitar una buena dosis de suerte pues el tiempo jugaba en su contra: para la mitad de los planes el tiempo de que disponían venía marcado por la marcha veraniega de Miss Wells a Inglaterra.

—Decidido: lo echamos a suertes. Voy a coger cuatro papeles iguales — decidió Gretta mientras cortaba un folio en cuatro partes—. En cada trozo escribiréis el color de su idea.

Una vez lo tuvo preparado se lo mostró a las chicas para que comprobaran que no había ni trampa ni cartón.

—Creo que es justo, puesto que está en juego su aprobado y su verano, que sea María la que escoja con los ojos cerrados uno de esos papeles —concluyó Blanca.

—Chicas, salga lo que salga, no habrá vuelta atrás. Esa será la solución que intentemos, ¿prometido? —dijo Celia mientras ajustaba sus gafas.

A veces, y sobre todo cuando eran más pequeñas, había sucedido que después de echar algo a suertes, alguna no había estado de acuerdo y se había enfadado.

Ahora no tenían ni tiempo ni ganas de que alguien saliera con esas. Debía quedar claro que el papel agraciado representaría la solución. No valían trampas ni enfados por no ser la elegida.

Un «prometido» y un «miau» se oyeron bien alto en la casa del árbol, seguido de un aplauso a diez manos.

Fuera, se oyó el estruendo de las palmadas y varios pájaros, como si no

quisieran saber nada del asunto, alzaron el vuelo.

## Capítulo 10

### *Un buen plan*

Celia se dirigió al baúl y, después de revolver en su interior, sacó una tela lo suficientemente larga como para poder vendar los ojos de María y hacerle un nudo en la parte de atrás de la cabeza.

La tela era el trozo de una cortina lo suficientemente tupida como para que la chica no pudiera ver a través de ella. Nada que ver con los visillos de doña Clocota por los que el mundo se transparentaba.

Seguramente las chicas quisieron guardar aquel pedazo de cortina porque era muy bonita: tenía dibujadas estrellas de colores y corazones.

Además solían guardar en aquel baúl de los tesoros cosas que aparentemente no servían para nada, pero que ellas pensaban darles un segundo uso, como unas tapas de botes de cacao con las que habían hecho unos platitos donde colocaban sus almuerzos, o como unos tapones de corcho con los que habían fabricado unos sellos muy chulos que al humedecerlos con pintura servían para decorar sus cuadernos. En ese baúl se podía encontrar casi de todo: trozos de tela, recortes de revistas, papel de envolver, cintas de raso, cromos, lapiceros de colores, tinta invisible, etc. Era un auténtico baúl de los tesoros.

Después de tapar con la tela los ojos de María, Blanca y Celia la guiaron hasta el centro de la habitación con cuidado para que no tropezara con nada, incluidos los cojines que se esmeraban en recoger.

Una vez en el centro, Paula le acercó una pecera de cristal donde los cuatro papeles, es decir, las cuatro ideas, aguardaban el momento de la verdad.

Celia removi6 varias veces los papeles pero fue Glum el que dio el toque

final al introducir su pata y moverla a un lado y otro, imitando a la chica. Esto provocó una gran carcajada, les parecía que el gato de María era muy gracioso.

Glum, tal vez molesto por las sonoras risas, se fue a refugiar en las piernas de su dueña. María que ya estaba tocando los bordes de la pecera, introdujo la mano y sacó uno de los papeles.

Le pudo la prisa por saber lo que el destino había decidido, lo que le deparaba aquel papel y se quitó rápidamente la tela de los ojos.

—¡Solución amarilla! —proclamó.

Dicen que el color amarillo es el color del sol y del verano ya que en esta época del año el sol brilla con más fuerza. Se relaciona también con la alegría y la felicidad. También con la buena fortuna.

Así que aunque la idea amarilla, en principio, parecía muy arriesgada, las chicas, unas más convencidas que otras, se tomaron aquello como una señal de que todo iba a salir bien.

No conocían las aventuras que les esperaban tras el color amarillo, pero estaban dispuestas a vivirlas con tal de que pudieran pasar sus vacaciones juntas.

—Chicas —comenzó Celia—, tenemos que trazar un buen plan.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —dijo Gretta mirando su reloj nuevamente—. Es muy importante tener las cosas previstas para que el plan funcione. No debemos dejar ningún detalle al azar.

—Bueno, tampoco seáis tan estrictas con lo de trazar un plan —dijo Paula satisfecha de que fuese su idea la seleccionada por la suerte—. A veces hay que dejar un hueco a la improvisación, a la aventura.

—A mí la aventura no me gusta demasiado —replicó Blanca—, deberíamos apuntar los pasos a seguir —afirmó cogiendo ya uno de los

cuadernos que había guardados en el baúl y un bolígrafo medio roto que parecía como desganado.

—Bien, lo primero de todo será hacer una copia, digamos buena, del examen —dijo María rascándose la cabeza tratando de acordarse de las preguntas—. Había cinco preguntas, ¿las recordáis?

—Uf, yo no, tengo bastante mala memoria para eso —dijo Paula—. Cuando acabo un examen me olvido de todo.

El resto de las chicas tampoco lograban acordarse de las preguntas.

—Habrà que arriesgarse a copiar el examen sobre la marcha. Eso significa que necesitaremos estar mucho tiempo en el despacho de Miss Wells —dedujo Gretta pensativa.

—Se me ocurre que podríamos ir al despacho y, después de quitar el examen suspenso de María, coger un examen bien hecho, traerlo aquí y copiarlo. Al día siguiente volver al despacho y devolver los dos. Es decir, el de la persona que ha sacado buena nota en Inglés y el nuevo examen de María —propuso Paula.

—Muy buena idea —continuó Blanca—,pero... ¿qué examen cogeríamos para copiar? Debería ser el de alguien que saque muy buenas notas en Inglés.

—Creo que, lo queramos o no, tenemos a la candidata perfecta: Olivia —dijo Paula que había sido su compañera de mesa durante el último trimestre y sabía, muy bien, que Olivia sacaba dieces en esa asignatura. ¡Menuda manera de chulearse tenía!

—Madre mía, como Olivia se llegue a enterar de que hemos robado y copiado su examen, menuda nos iba a caer —dijo Celia preocupada—. Ella y su grupito de amigas nos harían la vida imposible. No me las quiero ni imaginar. Isabella, Olivia y Camila, ¡menudas brujas!

—No pienses en eso o acabará sucediendo —dijo Gretta—es fundamental tener pensamientos positivos para que las cosas sucedan como una quiere. Si

no, vas a atraer precisamente que se enteren, así que borra eso de tu mente, ¿vale?

—Lo intentaré, pero me resulta muy difícil. No sé si te acuerdas de aquella época que la tomaron conmigo en los recreos. No hacían más que llamarme gafotas, no me dejaban en paz ni un momento y se burlaban de mí continuamente. Menos mal que se lo conté a la profesora y logró mantenerlas a raya. Desde entonces no han vuelto a molestarme, y no me gustaría nada que esto les diera alas para volver a sus andadas—explicó Celia.

—Pues imagínate lo bobas que son, reírse de alguien por llevar gafas. Es de ser verdaderamente simple... No te preocupes, Celia, eso no va a volver a suceder —aseguró Gretta tranquilizando a la chica.

—Sí, sí, bobas y simples pero mira, Olivia saca dieces en Inglés —comentó Paula como de pasada.

—A ver, Paula, no hay que confundir la inteligencia que se tiene para las asignaturas, con la inteligencia que se tiene para relacionarse con los demás, son cosas distintas —apuntó Gretta que hablaba, con frecuencia, de estos temas con su madre—. Una puede sacar miles de sobresalientes y luego no ser capaz de ponerse en el lugar del otro, por ejemplo—.Terminó de comentar la chica.

—Bien, no nos vayamos por las ramas hablando, el tiempo vuela y aún no hemos comenzado a escribir nada en el cuaderno —se apresuró a decir Blanca, algo impaciente, con el cuaderno abierto de par en par sobre su regazo.

—Hija, Blanca, con ese bolígrafo amarillo que has cogido dan ganas de salir corriendo. Ja, ja, ja, parece un plátano abierto—rió Paula—. ¡Chicas, hora de la merienda! —bromeó.

—Pues mira, escribe de maravilla —respondió Blanca al tiempo que hacía un garabato en la esquina de una hoja.

—A ver, escribe, Blanca —comenzó Celia—. Estos van a ser los pasos



que hay que dar, corregidme si me equivoco.

Paso 1: colarnos en el despacho de Miss Wells.

Paso 2: coger el examen suspenso de María y el aprobado de Olivia.

Paso 3: esconderlos en una mochila.

Paso 4: salir corriendo y venir a la casa del árbol.

Paso 5: copiar el examen.

Paso 6: volver al despacho de la Wells y dar el cambiazo.

Paso 7: huir del colegio.

Paso 8: María pedirá cita para revisión de examen.

Paso 9: Miss Wells verá que ha sacado un diez y pensará que se ha confundido al pasar las notas.

Paso 10: Miss Wells corregirá su error y María será libre para venir al campamento, ¡yupi!

—Me parece un plan estupendo aunque arriesgado —dijo María emocionada al ver que sus amigas le apoyaban—. Soy muy afortunada de teneros como amigas.

## Capítulo 11

### *Step by step*

Los ánimos y la ilusión de las amigas estaban por las nubes después de la reunión en la casa del árbol. Les había dado tiempo de repartir quehaceres y cada una conocía a la perfección su tarea. No cabía la menor duda: hubieran sacado un diez en organización.

Las primeras en actuar iban a ser Paula y Gretta. Las dos chicas habían sido elegidas, la una por haber tenido la idea y la otra por llevarse especialmente bien con la profesora de Inglés. Paula se encargaría de coger los exámenes del despacho, lo cual implicaba un gran riesgo pues le podían pillar «con las manos en la masa» y el castigo podía ser monumental. Pero Paula no tenía miedo: los riesgos y las aventuras eran lo suyo, le encantaban. Además, contaba con una forma física que le acompañaba pues era muy ágil y rápida, gracias al deporte que hacía.

Gretta realizaría la labor de despistar a Miss Wells. Le engatusaría con la idea de pintar otro cuadro, parecido al que había donado para el puesto Wells en la fiesta de fin de curso. La profesora le había dado las gracias y admirado su cuadro en varias ocasiones, así que ofrecerle uno parecido, como regalo, era una muy buena idea.

El colegio permanecía abierto aquella mañana de junio. Era normal pues debía dejarse todo preparado para septiembre. Además algunos profesores estaban aún en sus despachos por si algún alumno necesitaba algo. También debían estar imprimiendo los boletines con las notas finales. En una semana tenían que estar listos para entregarlos.

Paula y Gretta entraron al colegio por separado. Cada una tenía una misión diferente que realizar y además no querían levantar las sospechas de nadie.

—Buenos días —saludó Gretta a la Guardiana de las llaves.

—Buenos días —respondió la mujer sin levantar la cabeza del periódico —. ¿Dónde vas?—preguntó a la chica.

—Voy al despacho de Miss Wells, me está esperando —mintió Gretta.

—Vale, pasa —le respondió la Guardiana de las llaves sin mucho interés.

La Guardiana de las llaves se llamaba en realidad Dorotea y era una mujer un poco extraña pero adorable. Se había ganado el mote a golpe de llave y de realizar un excelente trabajo en el cuidado de la portería del centro.

Dorotea llegó a las puertas del colegio un día de lluvia y relámpagos, pidiendo un trabajo. Por aquel entonces era una joven de pelo rojo y mirada desafiante. Vestía como si acabara de regresar de una fiesta de disfraces y ella hubiera tenido que representar el papel de abuela. Una larga falda marrón, una camisa blanca con cuello redondo y ribetes, una chaqueta de lana color crema y un delantal de flores con dos grandes bolsillos, bastante feo, escondían el escuálido cuerpo de Dorotea.

Al verla aparecer de tal guisa, con toda la lluvia en el pelo y en los ojos, y algunas nubes en la mirada, todos se quedaron perplejos, ¿de dónde habría salido semejante personaje? Se preguntaban.

Como llovía a cántaros, nadie tuvo el valor de decirle que se marchara por donde había venido (o por donde le diera la gana). Le dieron una toalla limpia y la hicieron pasar a recepción.

Una vez allí, se cuenta que alguien que al parecer tenía mucha prisa y no le gustaba nada vigilar la entrada de la escuela colocó en las manos de la joven el manajo con llaves de todas las puertas del colegio. Y con ellas se quedó, para siempre, pues fue imposible quitárselas.

Parecía como si el manajo de llaves se le hubiera quedado adherido a la piel, como si formase parte de sí misma, una prolongación de su pequeña mano.

Desde ese día de lluvia, Dorotea se convirtió, oficialmente, en la portera

del colegio.

Con el paso de los cursos, se fue encogiendo en su asiento como una bola de lana, con el delantal feo aún colgado en el respaldo de la silla, leyendo siempre el periódico. Quién sabe si el mismo u otro.

Con el tiempo, se le apodó la Guardiania de las llaves. Y la verdad es que el mote le venía como anillo al dedo pues no había nadie que vigilara y guardara mejor las llaves de aquel lugar. Pese a su aspecto cordial y amable, Dorotea tenía el genio y la fuerza de un dragón furioso si alguien le tocaba el llavero o trataba de robar una de sus llaves.

Se cuenta que una vez tuvo que enfrentarse con unos ladrones que salieron asustados y corriendo cuando Dorotea se defendió. Incluso, se cuenta, que a uno de los ladrones le quemó el flequillo con el fuego que salía de su boca mientras les gritaba ¡fuera, fuera, ladronzuelos!, tal era su enfado.

Pero todo esto eran habladurías. Lo que sí era cierto es que aunque Dorotea a veces parecía tan inmóvil como una iguana al sol, si pasabas cerca de ella y rozabas sin querer una de las llaves, la mujer era capaz de hacerte una llave, pero de las de karate.

Cuando Gretta tuvo el visto bueno de la Guardiania de las llaves, dirigió sus pasos hacia la segunda planta del colegio. El silencio llenaba los pasillos, tanto que incluso costaba caminar por ellos. Daba miedo ver el colegio tan vacío y mudo. Casi parecía otro lugar.

Gretta se asomó a una ventana y le hizo un gesto a Paula para que supiera que estaba a punto de entrar en el despacho de la Wells, tal y como previamente habían acordado.

Paula, en ese momento, debía prepararse y entrar en el colegio, decirle a Dorotea que iba a ver al profesor de gimnasia y esconderse en los baños del segundo piso, que estaban justo al lado del despacho de la señorita Wells.

Gretta estaba aterrada. Con las manos temblorosas llamó a la puerta del despacho rompiendo el silencio que reinaba en los pasillos. Se le hizo

interminable el tiempo que transcurrió desde que llamó a la puerta con los nudillos hasta que se escuchó la voz de Miss Wells, tan dulce, diciendo «*Come in!*»

En ese momento Gretta tuvo ganas de llorar, no había marcha atrás. Recordó que a la Wells, para tenerla contenta, había que hablarle en inglés, y con todos los planes y preparativos, ¿no se había preparado las frases!

Gretta quiso correr, huir, llenar con el ruido de sus zapatos el largo pasillo del segundo piso. Bajar por las escaleras y salir del colegio. Irse a su casa.

Sin embargo, pensó en María y cruzó el umbral de la puerta con una tímida sonrisa, la que pudo poner, ni muy grande ni muy pequeña, mientras decía un «*Good morning, Miss Wells*» y repetía para sus adentros: confía en ti, confía en ti.

Y así lo hizo.

— *Good morning! Have a sit, please* —le dijo la profesora mientras le señalaba la silla que tenía frente a su mesa para que la chica se sentara.

En ese momento, se escuchó un portazo procedente del baño contiguo al despacho y Miss Wells que era muy delicada para los ruidos se sobresaltó dando un bote en su silla, como si debajo tuviera un muelle.

Sin duda, era Paula que no había tenido mucho cuidado al entrar en los servicios. Seguramente la ventana de los lavabos también estaba abierta y se había generado una fuerte corriente de aire, que provocó que la puerta se cerrara de golpe.

Gretta quiso llamar la atención de la profesora que aún seguía pensando en el ruido que acababan de escuchar.

Enseguida le preguntó, como mejor pudo, por el dibujo del elefante, interesándose en si había logrado venderlo, y le anunció que venía a ofrecerse para hacerle otro, pero esta vez para ella.

—*Oh, good, very good. Thanks* —expresó la profesora su gratitud y continuó hablando.

Gretta asentía a las palabras de la profesora moviendo la cabeza y casi sin pestañear, pero en realidad no se estaba enterando de nada.

Entre todo lo que decía la profesora, acertó a traducir que estaba maravillada con sus dibujos y que estaría encantada y eternamente agradecida con ese regalo que le estaba ofreciendo. Estaba dispuesta a subir el cuadro al avión y colgarlo en su castillo en Londres.

—*Oh, sure!* —trató de decirle Gretta a Miss Wells, cerrando así el acuerdo.

Le pintaría un cuadro de un elefante de colores para que alegrara las paredes de su salón, en su Londres lejano. La chica se imaginaba que aquel castillo era un lugar triste, y que los colores del elefante animarían la estancia y alegrarían a quien lo contemplara.

Gretta imaginó su cuadro colgado de las paredes de un castillo medieval, el mismo que tenía la profesora en el cuadro que estaba colgado en la pared de detrás de su silla, muy bonito y algo misterioso, por cierto. Imaginó también que alguien se despertaría a media noche y recorrería los pasillos del castillo con un candelabro oxidado lleno de velas encendidas, hasta ver el elefante a la tenue luz de esas velas. Sintió un escalofrío al imaginar el viento tras las ventanas, la niebla de Londres y varios fantasmas mirando su obra de arte, mientras decían un «*very nice elephant*» en el idioma de los fantasmas. Esperaba que su elefante fuera valiente y no se asustara al ver los espectros.

Gretta tenía que averiguar la fecha exacta del viaje de la profesora y acordar con ella un día para entregarle el cuadro. Pero también debía dejar paso a Paula y ese era justo el momento.

—*Oh, oh, no, I have a pain!* —Gretta se tiró al suelo y se retorció de dolor—. Me duele mucho la tripa—insistía la chica en inglés.

La profesora se asustó mucho. No sabía muy bien qué hacer. Gretta quiso

que la acompañara hasta la puerta del colegio. De ese modo dejaban vía libre a Paula para acceder hasta el despacho.

Cuando Paula, que permanecía en los lavabos del segundo piso, entreabrió la puerta, vio que Gretta y la profesora caminaban hacia las escaleras. Entonces, sin dudarle un momento, entró en el despacho.

Una vez allí y sin saber muy bien de cuánto tiempo disponía hasta que la Wells regresara, se dirigió hacia un armario donde pensó que estaban los exámenes. Suplicó que la puerta de ese armario estuviera abierta y sus ruegos fueron escuchados, pues pudo abrirlo sin ningún esfuerzo. Pero, la decepción fue grande: allí solo había libros, ni rastro de los exámenes.

Paula empezó a impacientarse.

Estaba acostumbrada a que las cosas le salieran bien a la primera, pero esta vez no había sido así. El tiempo pasaba y aún no había logrado descubrir el lugar donde la profesora tenía guardados los exámenes. Confiaba en que Gretta haría muy bien su papel y la mantendría ocupada un rato más.

Mientras, Gretta llegaba hasta la puerta del colegio acompañada de la profesora de Inglés. La Guardiana de las llaves las miró un momento por encima del periódico y, como vio que Gretta se sujetaba y quejaba de dolor de tripa, les ofreció la enfermería por si necesitaban algo de allí. La chica vio la oportunidad de perder algo de tiempo entre que iban a la sala de curas y volvían.

—Sí, por favor. Creo que me iría bien tumbarme un rato en la camilla — balbuceó Gretta que relacionó las veces que había estado mala con dolor de tripa y la insistencia de su madre en que se quedara en la cama.

Paula no encontraba por ningún sitio los exámenes. ¿Y si los tenía en su casa en un lugar alejado de robos?

Por un momento estuvo a punto de abandonar la idea de coger el examen medio convencida de que allí no estaban.

Pero luego recordó que esos días se permitía a los alumnos ir a revisión y eso solo podía significar que los exámenes sí estaban allí. Además, pensó, no deberían estar muy lejos de la mesa de la profesora, no tenía mucho sentido tenerlos en estanterías ni armarios, debían estar a mano por si venía alguien a revisión. Aunque los boletines con las notas no habían sido entregados, ya cada alumno sabía las notas de todas las asignaturas.

Paula se asustó cuando escuchó que sonaba un móvil en algún lugar del despacho. Tal vez ese ruido podía hacer entrar a Miss Wells que querría responder al teléfono. Miró alrededor pero no vio nada. Aguzó el oído: el móvil sonaba dentro del primer cajón de la mesa. Sin pensarlo mucho, abrió el cajón. Allí estaba el móvil encima del montón de exámenes.

La música cesó y Paula leyó en la pantalla del móvil «Una llamada perdida del profesor Lechuga».

Sin sacar los exámenes del cajón para no descolocar nada, y tras comprobar que estaban ordenados por el número de la clase, buscó el número 15 y el número 20, el de María y el de Olivia. Con mucho cuidado de que todo quedara en su lugar, cerró el cajón. Allí se quedaron el móvil, con la llamada perdida y el fajo de exámenes incompleto.

Lo peor ya había pasado, se dijo Paula contenta y satisfecha de sí misma.

Tan rápido como pudo, metió las hojas en su mochila roja y salió del despacho. Había llevado una de esas fundas de plástico que se usan para proteger los documentos. No quería que llegaran con las esquinas dobladas o rotos.

Por fin pudo respirar aliviada, hasta que escuchó unos pasos que se dirigían hacia ella. Inmediatamente, se escondió de nuevo en los baños. No debían verla o podrían sospechar.

La curiosidad le pudo y dejó la puerta de los servicios entreabierta. Desde allí vio a la señorita Blanch, con su moño blanco en perfecto estado, llamar a la puerta de Miss Wells.



Desde luego parecía que hoy Miss Wells estaba muy solicitada. La señorita Blanch esperó unos momentos en la puerta de Miss Wells, pero al ver que nadie respondía, se llevó la mano al moño y se marchó.

Pasado el peligro y cuando no hubo nadie a la vista, Paula salió del colegio tan rápido que a la Guardiania no le dio ni tiempo de mirar por encima del periódico y tan solo sintió una corriente de aire inexplicable.

—Qué mes de junio más extraño —pensó en voz alta—. Entre las lluvias y estas extrañas corrientes de aire, al final me cogeré un buen catarro. Y se tapó un poco los hombros con una toquilla, como para protegerse de las inclemencias del tiempo.

Gretta, después de haber estado en la camilla de la enfermería unos minutos y cuando la de Inglés estaba a punto de llamar a sus padres para que vinieran a recogerla, dijo que ya se encontraba muchísimo mejor.

Le dio mil thanks a Miss Wells, y le dijo que dentro de tres o cuatro días volvería con el cuadro. Con una mueca de alivio, la profesora le dijo a Gretta que era muy amable, es decir, *very kind*, y levantó la mano para decirle adiós.

## Capítulo 12

### *Con buena letra*

Gretta y Paula fueron hasta la casa del árbol, cada una por su lado. Allí les estaba esperando María, que había pasado la mañana muy nerviosa en su casa, sin saber ni qué hacer ni dónde meterse.

Su madre no paraba de decirle que se fuera un rato a jugar con alguna amiga, que dejara de recorrer la casa como si fuera un hámster en su jaula. Al final se fue a la casa del árbol por no oír más a su madre que, la verdad, empezaba a estar preocupada por la actitud de María esa mañana de junio.

La incertidumbre de no saber qué estaba pasando en el colegio, ni si la misión había sido un éxito causaban desasosiego en María. Por eso iba de aquí para allá y miraba el reloj continuamente. La verdad no era para menos, su verano en el campamento estaba en juego.

Las horas pasaban despacio en la casa del árbol, donde María esperaba a sus amigas muy impaciente. Llevaba un rato preparada con un bolígrafo en la mano para contestar a toda velocidad y sobre todo correctamente las preguntas del examen. A ratos, ensayaba su mejor caligrafía en una hoja y luego se asomaba a la puerta para ver si ya venían sus amigas. Su gato estaba junto a ella.

Paula fue la primera en llegar. María la recibió con un gran abrazo y todos sus temores se esfumaron como por arte de magia. María pensó que tal vez los abrazos contenían la magia necesaria para hacer desaparecer los nervios, los enfados, las preocupaciones.

Gretta llegó diez minutos más tarde que Paula y, tras abrazar a sus dos amigas, se dirigió hacia el cuaderno donde Blanca se había esmerado en apuntar los pasos a seguir. La pizarra seguía con los dibujos de las ideas de colores. Habían decidido no borrarlos por si acaso los necesitaban más

adelante.

Tras preguntar a Paula si había logrado conseguir los dos exámenes, exclamó un ¡bravo!, y tachó los pasos que ya habían hecho para concentrarse en los que les quedaban.

Paso 1: Colarnos en el despacho de Miss Wells.

Paso 2: Coger el examen suspenso de María y el de Olivia.

Paso3: Esconderlos en una mochila.

Paso 4: Salir corriendo y venir a la casa del árbol.

Paso 5: Copiar el examen.

Paso 6: Volver al despacho de la Wells y dar el cambiazo.

Paso 7: Huir del colegio.

Paso 8: María pide cita para revisión de examen.

Paso 9: Miss Wells ve que ha sacado un diez y se da cuenta de que se ha confundido al pasar las notas.

Paso 10: Mis Wells corrige su error y María es libre para venir al campamento, ¡yupi!

El paso número 5 estaba en manos de María, que se dio mucha prisa en sacar de su mochila la carpeta clasificadora y coger un par de folios.

Alisó con la mano la superficie de la hoja como si estuviera quitándole el polvo, y comenzó a escribir. Puso su nombre, su número, la fecha del examen.

Copió con bolígrafo verde el enunciado de las preguntas, tal y como Miss Wells quería que hicieran. Con bolígrafo azul, anotó las respuestas, copiándose del examen de Olivia.

—Qué letra más bonita tiene Olivia, nunca me había fijado —admiró Paula—. Parece mentira que sea tan antipática y tenga esta letra tan chula.

—Todos tenemos algo bueno —dijo Gretta mientras sacaba su monedero del bolso y esparcía por la mesa un montón de monedas—. Y Olivia además de la letra bonita es muy buena en Inglés —dijo guiñando un ojo.

—¿Y esas monedas?, ¿para qué son?—preguntó Paula mientras se acercaba hasta la mesa.

—Calla, calla, no me desconcentres —respondió Gretta—. Uno, uno con veinticinco, treinta... Un euro con treinta céntimos —terminó de contar Gretta—. Con este dinero no me va a llegar.

—¿Llegar para qué? —preguntó Paula muy intrigada.

—Necesito un lienzo para pintar el cuadro del elefante que le he prometido llevarle dentro de tres días a Miss Wells. Tampoco necesito un lienzo muy grande, me sirve con uno de tamaño medio, y esos cuestan unos cinco o seis euros —contestó Gretta.

María seguía concentrada en copiar bien el examen. Estaba tan absorta que no se estaba enterando del nuevo problema que había surgido: les faltaba dinero para poder comprar el lienzo.

—Yo creo que entre todas podemos conseguir esos cinco euros que faltan —dijo Paula mientras abría su mochila y sacaba un monedero de Snoopy en el que tenía la esperanza de encontrar algún euro.

Al abrirlo y darle la vuelta cayeron algunas monedas. Hicieron mucho ruido, pero tan solo eran unos cuantos céntimos. Se apresuraron a contarlos.

—En total tengo cincuenta céntimos, no es un tesoro, pero tampoco está nada mal —dijo Paula optimista.

María dio por concluido el examen y así se lo hizo saber a Paula y Gretta con un ¡YA ESTÁ!

Glum, su gato, dio un pequeño salto, o bien de felicidad o por el susto que se había llevado con la exclamación de María.

—Muy bien —dijo Gretta—, pero tenemos un nuevo problema: necesito comprar un lienzo para pintar el cuadro a Miss Wells. Como recuerdas, es el cebo para que no sospeche nada y poder regresar dentro de tres días a su despacho y colocar estos exámenes en el lugar donde deben estar. De esta forma una vez que tú pidas revisión de examen, verá tu diez y ¡tachán!, estarás aprobada.

—Bueno, pues no os preocupéis, yo tengo cinco euros guardados para el regalo de la amiga invisible. Los doy para comprar ese lienzo. Al fin y al cabo todo este lío es por mi culpa —afirmó María extendiendo el billete de cinco euros que hasta ese momento había permanecido muy doblado en un pequeño bolsillo de su vaquero.

—No hables de culpas, por favor, no me gusta nada que te sientas así—le pidió Paula.

—Eso, por favor, María, han sido las circunstancias, nada más. Aceptamos tus cinco euros, pero es solo una solución temporal, para salir del paso. Lo vamos a considerar un préstamo. Tenemos que hacer algo para recaudar fondos y poder devolverte el dinero. Todas queremos que vengas al campamento y que participes en la amiga invisible —dijo Gretta mientras tachaba del cuaderno el paso cinco.

Paso 1: Colarnos en el despacho de Miss Wells.

Paso 2: Coger el examen suspenso de María y el de Olivia.

Paso 3: Esconderlos en una mochila.

Paso 4: Salir corriendo y venir a la casa del árbol.

Paso 5: Copiar el examen.

Para dar el siguiente paso 6, que consistía en volver al despacho y dar el

cambiao, debían primero comprar el lienzo y Gretta pintar el elefante. Eso le llevaría un par de días por lo menos. Afortunadamente Gretta usaba unas pinturas que se secaban muy rápido.

—Acabo de tener una gran idea —anunció Paula muy contenta—. ¿Y si vendemos limonada por el barrio para conseguir dinero?

—¡Estupendo! —exclamó Gretta—. Mientras yo pinto, vosotras podéis ir de casa en casa o poner un puesto de venta de limonada.

—¡Que buena idea! —exclamó María— Voy a poner un mensaje al cuello de Glum. Así Blanca y Celia podrán ir consiguiendo limones. También vamos a necesitar un exprimidor, un colador, jarras y muchos hielos. ¡Ah! y vasos de plástico, pero de esos tengo yo un montón.

María escribió la nota, la metió en un pequeño sobre y se la puso a Glum en el cuello. Era una suerte que el bonito gato de manchas marrones no la dejara ni a sol ni a sombra.

—Tienes que ir a casa de Mim, el gato de Blanca, y darle el recado —le susurró María a su gato como si este pudiera entenderle.

De alguna manera que las chicas no sabían, sus queridos gatos nunca se equivocaban al entregar los mensajes. Cuando Glum llegó a casa de Mim, Blanca leyó el mensaje, donde además de las instrucciones para preparar el puesto de venta de limonada, ponía que pasara el mensaje a Nira, la gata de Celia. De esta manera, en un momento todas sabrían las nuevas necesidades del grupo y se podrían poner manos a la obra.

## Capítulo 13

### *Elefante de colores y limonada*

Gretta pasó horas en la casa del árbol, dando forma al elefante, poniendo colores aquí y allí. Ella, que era una experta en tonalidades y matices, quiso utilizar los colores más alegres pero también los más elegantes, pues Miss Wells era una persona muy distinguida.

El elefante tenía dentro de su cuerpo varios círculos y otras formas que se repetían en patrones. Parecía un elefante mandala y, la verdad, algo de eso tenía pues el hecho de pintar cada parte, el hecho de hacer cada figura geométrica, daban a Gretta una gran sensación de paz.

Imaginó a los fantasmas del castillo londinense medio en trance, medio dormidos por la paz que transmitía el elefante y no pudo contener la risa.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Paula que había decidido apoyar moralmente el trabajo extra que Gretta estaba haciendo y pasar con ella el tiempo en la casa del árbol.

—Nada, estaba imaginando mi cuadro colgado en el castillo encantado de Miss Wells, con los fantasmas encantados y medio dormidos mientras contemplan el elefante —respondió Gretta entre risas.

Ambas chicas rieron tanto que la madre de María, que estaba en el jardín, cortando esquejes y rociando agua a las plantas, las escuchó.

—¿Os apetece un helado artesano? —les gritó desde abajo— Lleváis toda la mañana ahí metidas. Podéis esperar a María en la cocina, si queréis.

María había ido al dentista con su padre, pues le tenían que poner aparato. Seguramente después del verano aparecería en sexto con *brackets* en los dientes, lo cual no le hacía ni pizca de gracia porque pensaba que iba a estar

horrorosa.

— ¡¡¡Sí!!! —chillaron las chicas al unísono, al tiempo que bajaban por las escaleras de la casa del árbol.

La madre de María hacía los helados más ricos de toda la ciudad y nadie podía resistirse a tal ofrecimiento. Desde que cerró su tienda de helados artesanos, todo el barrio echaba en falta las delicias de Nadia.

Además del helado, Nadia les ofreció unas galletitas de chocolate recién hechas que estaban deliciosas.

—Chicas, ¿cuándo os dan las notas? —preguntó Nadia, la madre de María —Me sorprende que este año aún no os las hayan entregado, espero que hayáis sacado muchos sobresalientes.

Un extraño y molesto silencio se plantó en mitad del plato con galletas, se colgó en las cortinas de la cocina, inundó el fregadero, y se extendió como una alfombra por el suelo. Las chicas se miraron la una a la otra: no sabían qué contestar. Gretta fue la primera en reaccionar.

—La semana que viene tenemos que ir al colegio a recogerlas —se apresuró a responder Gretta mientras se limpiaba la boca con una servilleta y se disponía a irse. No veía mucho sentido a mentir con respecto a la entrega de notas. Confiaba en que para esa fecha ya estaría todo solucionado.

Se despidió de la madre de María, dándole las gracias por la merienda. No quería perder más tiempo, era muy importante que terminara el cuadro cuanto antes y se resolviera todo.

—Sí, eso es. Dijeron que el lunes o el martes de la semana que viene —confirmó algo nerviosa Paula, mientras se guardaba dos galletas en una servilleta para comérselas por el camino.

En ese momento llamaron al timbre y la madre de María abrió. Era el chico del supermercado que venía a entregar el pedido que Nadia había hecho.



María, antes de irse al dentista le había pedido que comprara muchos limones. La madre de María solía hacer la compra online, desde su portátil, porque así ahorraba tiempo.

Paula se puso muy contenta al ver que ya tenían el material para hacer la limonada.

Ya de nuevo en la casa del árbol, Gretta se concentró en terminar el elefante, mientras Paula escuchaba música en su MP3 con sus auriculares y movía el pie al ritmo de las canciones.

—¿Podrías dejar de hacer ese ruidito con los pies? ¿Es necesario que escuches música? Podrías ayudar un poco, ¿no crees? Necesito mucha concentración —dijo Gretta que se había acercado a Paula y le había quitado los auriculares para que le escuchase.

—Vale, vale, no te pongas así. ¿Qué puedo hacer mientras? Dime y lo haré encantada —respondió Paula guardando su MP3 en la mochila.

—Pues mira, ya que te ofreces, necesito que consigas una tela para cubrir el cuadro esta noche. No me gustaría nada llegar mañana y ver que hay polvo en el elefante o encontrar mosquitos pegados en la pintura. Las noches de verano son especialistas en fabricar mosquitos —le sugirió Gretta.

—Muy bien, traeré una sábana vieja de mi casa, ¿necesitas algo más? —se ofreció Paula que ya se dirigía a la salida con su mochila al hombro.

—Pues sí, estaría muy bien ver de qué manera voy a llevar el cuadro. ¿Crees que debería envolverlo con papel de regalo? —preguntó Gretta indecisa.

—Sí, eso le gustará a Miss Wells. Puedo comprar un rollo de papel en la papelería Lápices Mágicos, suelen tener papeles preciosos y nada caros —propuso Paula.

—Eso espero, que no sean nada caros, porque nuestro presupuesto es de tan solo un euro con ochenta —dijo Gretta mientras se retiraba un mechón de

pelo pintado de azul de la frente.

—Bueno, por eso no te preocupes y concéntrate en el cuadro. Puedo pedírselo a mi madre. Vuelvo enseguida con todo —respondió Paula.

Al poco rato de haberse ido Paula, llegó Blanca junto con María. Habían coincidido en el dentista y ambas venían muy desanimadas. Las dos empezarían sexto con *brackets*.

—¡Qué rollo! Últimamente todo son problemas —protestó María.

—Bueno, este está a punto de solucionarse. Por cierto, no vayas a meter la pata, estuvimos tomando un helado con tu madre y nos preguntó por las notas —informó Gretta mientras daba las últimas pinceladas al elefante. La chica se sentía muy satisfecha de su trabajo, le había quedado muy bien.

—¡Uf! ¿Y qué le habéis dicho? Yo cada vez que me pregunta me pongo a temblar y le digo que aún no sé nada. Hace poco me dijo que iba a llamar al colegio —añadió María.

—Le hemos dicho que las dan la semana que viene. Crucemos los dedos que ya esté todo solucionado —explicó Gretta que había dado por terminado el cuadro del elefante y se dirigía a poner los pinceles en un bote con agua, para limpiarlos.

—Menos mal que a nuestros padres no les ha dado por hablar de las notas —dijo Blanca aliviada de que, en la sala de espera del dentista, la conversación hubiera girado exclusivamente en torno al aparato que les tenían que poner a las chicas.

—Ya te digo, todo problemas, y ahora además vamos a estar estupendas con *brackets* en septiembre —suspiró María—. Odio tener que llevar aparato.

—Pero chicas, ¿no os dais cuenta de que sois unas afortunadas? Ojalá me pusieran a mí los *brackets*. Los hay de colores, ¿lo sabéis? —dijo Gretta.

—Tú y los colores, ja, ja, ja —rio Blanca—. Menos mal que no vives en

un mundo gris y que a todo le pones color.

—De eso se trata, ja, ja, ja —rio también Gretta—, de colorear los problemas para hacerlos más llevaderos. Es algo que está en nuestras manos, ¿no os parece?

Paula llegó mientras las tres chicas reían y decidían el color de los *brackets*. Blanca decía que probaría con los de color azul, pero que si se veía muy fea probaría con unos transparentes.

—¡Qué buen ambiente! En un rato estaremos todas aquí. He visto a Celia que venía de camino y traía una bolsa por la que asomaban varias jarras, según me ha parecido —comentó Paula mientras dejaba sobre la mesa el papel de envolver y una sábana vieja que protegería de mosquitos al elefante.

## Capítulo 14

### *Venta ambulante*

Las clases de flauta ponían de muy buen humor a Celia. Siempre salía sonriendo y tarareando una melodía. Esta vez le había dado por «El lago de los cisnes» que era la sinfonía que estaban practicando para la audición final.

La melodía de «El lago de los cisnes» llenaba la cocina de María, donde Celia se esmeraba no solo en tararear, sino también en exprimir los limones, al ritmo de la música de cuento de hadas de esa sinfonía.

Nadia sonreía al ver a las chicas tan entretenidas con la idea de poner un puesto de limonada, lejos de la tablet y la televisión. Pero sobre todo, Nadia respiraba aliviada al ver que María ya no tenía la cara triste de días atrás.

—Chicas, cualquier cosa que necesitéis, no dudéis en pedírmela. Tenéis más jarras en el armario, aunque Celia ha traído suficientes. Podéis coger la cuchara de madera para remover la limonada. En fin, todo lo que veáis de utilidad para vuestro puesto de limonada, tomadlo prestado. Yo, ahora, voy a salir un rato al jardín, a ver si logro terminar de arreglar los setos —dijo la madre de María.

La receta que las chicas utilizaban para hacer una deliciosa limonada contaba con un ingrediente secreto que solo ellas sabían. Ponían unas gotas de miel y hojas de menta en el agua con la que luego hacían los cubitos de hielo.

Era Blanca la que se estaba encargando de lavar bien la menta, colocar las hojitas en la cubitera y añadir a cada cubito su correspondiente gota de miel. Luego lo metería al congelador y en unas horas los cubitos de hielo estarían listos.

Quedaban realmente preciosos, con su hojita de menta dentro y una pequeña esfera de color miel.

—En un par de horas estará el hielo —anunció Blanca cuando terminó de colocar la última hojita de menta en su lugar.

—Podríamos ir montando el puesto en la calle, ¿qué os parece? Así nuestros futuros clientes pueden ir reservando su limonada —añadió Celia mientras depositaba en la basura las cáscaras de limón.

Era importante dejarlo todo limpio y ordenado para que otro día, la madre de María volviera a dejarles hacer de las suyas. Así que las amigas se esmeraron en recoger todo lo que habían usado.

—Cojamos una mesa plegable que tengo guardaba en el desván. ¿Quién me ayuda? —preguntó María.

—Yo misma, traigamos esa mesa y pongámosla en la calle—contestó Paula.

Un mantel estampado de pequeños limones y una gran pancarta “calma tu sed por tan solo 50 céntimos” daba la bienvenida a los futuros clientes. Sobre la mesa, las chicas habían colocado varias filas de vasos, un montón de servilletas, y las jarras con la limonada bien fresquita, junto a una bandeja de galletas de chocolate. Detrás de la mesa, habían colocado dos sillas y sobre una de ellas esperaba a llenarse de monedas una caja vacía.

El elefante que Gretta había pintado seguía secándose en la casa del árbol. Sería mañana cuando volviera al colegio para dárselo a Miss Wells.

La primera clienta fue la vecina de enfrente que no había dejado de mirar y cotillear a través del visillo de su ventana. Aun así, se hizo la sorprendida.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos hoy en el barrio? —dijo mientras cogía un vaso—. Ponedme un poco, a ver cómo os ha salido —dijo con cierto interés.

—Buenos días, señora Clocota. Enseguida le ponemos su limonada. —dijo María muy contenta de ver que la primera clienta no había tardado ni cinco minutos en aparecer—. Tenga, para acompañar nuestra deliciosa limonada, le regalamos una galletita de chocolate.

—Muy amables, muy amables —contestó la señora Clocota, entregando cincuenta céntimos a María.—Ya podían aprender de vuestros modales ciertos tenderos del barrio que son realmente antipáticos y avariciosos.

La señora Clocota tenía cierta tendencia a la queja y solía protestar cuando los vendedores no le hacían una rebaja o no le regalaban algo, diciendo que no sabían tratar a los clientes.

—Y, decidme, esta idea de vender limonada, ¿es para algo en concreto? Quiero decir el dinero que saquéis —preguntó la vecina intrigada y queriendo enterarse de todo.

La señora Clocota, con el primer sorbo de limonada, había sacado su lado más cotilla, algo que era de esperar.

Gretta le contestó que era una manera de pasar el rato, que luego pensarían qué hacer con el dinero.

—Tenga una servilleta por si luego la necesita —le ofreció Celia.

—Muchas gracias, muchas gracias, sois unas niñas encantadoras —dijo antes de coger otra galleta.

Aunque a las chicas no les gustaba nada eso de que las llamaran “niñas” sonrieron a la señora Clocota y esperaron su reacción.

—Deliciosa, realmente deliciosa —dijo, y se terminó el vaso de otro sorbo mientras se alejaba.

Después llegaron los Martis, con sus gemelos, que se tomaron entre todos nada menos que siete vasos de limonada.

La verdad es que el día invitaba a tomar limonada, hacía verdadero calor. Y eso que ese junio el tiempo andaba algo inestable y, a días, no se sabía muy bien si coger el paraguas o el bañador. Al poco rato llegaron los Barós que, tras probarla, les pidieron dos botellas enteras para esa tarde, que tenían invitados.

Llegó un momento que la gente hacía cola para tomar su limonada y las chicas no daban abasto.

—¡Qué éxito! —exclamó Gretta que había ido a por más limonada a la cocina.

—A este paso, en una hora más estará toda vendida —calculó Blanca.

Y, efectivamente, así fue. La gente seguía llegando, y las chicas, tras decirles que ya no quedaba más limonada, les prometían que otro día montarían el puesto.

Cuando ya estuvo todo recogido, las amigas estaban agotadas de tanto trajín y se fueron a la casa del árbol a descansar un rato.

Olía a pintura. El elefante de Gretta ya se había secado, según pudo comprobar la chica al pasar uno de sus dedos por el lienzo. Ese día había hecho mucho calor.

En el suelo, las chicas se dispusieron a contar el dinero que habían recaudado. Para su sorpresa era mucho más de lo que necesitaban para devolver a María el dinero que había prestado para comprar el lienzo. Les alcanzaba, además, para repartirse unos cuantos euros a cada una y pagar a la madre de María el dinero de los limones.

El día había sido todo un éxito.

Gretta, se sintió un poco intranquila al pensar en el día siguiente, cuando fuera a darle el cuadro a Miss Wells y a dejar los exámenes en su sitio. Paula, sin embargo, estaba de lo más tranquila; su tarea había terminado, aunque acompañaría a Gretta hasta las inmediaciones del centro escolar.

## Capítulo 15

### *Llegó el día*

El despertador sonó en la habitación de Gretta a las ocho en punto, pero la chica ya estaba despierta desde hacía un buen rato. Esa noche no había podido dormir bien. Se había despertado hacía un rato y había visto amanecer y escuchado el canto del primer pájaro.

El cuadro estaba en la terraza de su habitación con la tela por encima. Una vez le quitó la tela, volvió a comprobar que todas las partes estaban bien secas dando pequeños toques con la yema del dedo índice. Entonces, muy satisfecha con el resultado, lo envolvió con papel de regalo. Estaba segura de que a Miss Wells le iba a encantar.

Paula llegó a casa de Gretta antes de que esta hubiera terminado de desayunar.

—¡Hola, Gretta! —le saludó Paula muy animada.

—¿Quieres una tostada con mantequilla y mermelada o prefieres una magdalena? —le preguntó la madre de Gretta.

—No, muchas gracias, ya he desayunado —contestó Paula, que además solo desayunaba cereales.

—Qué madrugadoras las dos —comentó la madre de Gretta—¿Qué planes tenéis para esta mañana? Ya me han contado que ayer vuestro puesto de limonada fue todo un éxito.

—Hoy, bueno... —dudó qué responder Gretta—hoy nada de puestos de limonada. Iremos a buscar a las demás y hablaremos un poco sobre el campamento.

—Sí, eso es. Tenemos muchas cosas que organizar —dijo Paula.



—Eso está muy bien —les animó la madre de Gretta sacando una hoja de papel con el logotipo del campamento—. Tomad, aquí tenéis el programa. Lo recibí ayer por correo electrónico y lo imprimí dos veces, así que esta copia os la podéis quedar.

—¡Genial! Nos va a venir de perlas —exclamó Paula que no pudo aguantar la tentación de ponerse a leer en ese momento las actividades que tenían previstas.

—Subo a la habitación, me lavo los dientes y te espero en el jardín, ¿vale, Paula? —le dijo Gretta mientras le hacía un gesto para que entretuviera un rato más a su madre y le diera tiempo de salir de casa con el cuadro.

No quería que su madre viera el regalo y empezara a hacerle preguntas. No tenían mucho tiempo de dar explicaciones.

Camino del colegio, las dos amigas repasaban el plan. Iban a entrar en acción para realizar el paso número seis de la lista: volver al despacho de Miss Wells y dejar los exámenes en su sitio.

Paula llevaba los exámenes en la mochila y Gretta sujetaba con los dos brazos el cuadro envuelto.

Justo antes de llegar al colegio, en la esquina de la calle, Paula le dio los exámenes a Gretta.

—Aquí tienes los exámenes. ¿Cómo piensas meterlos en el cajón? Me parece una locura que lo hagas todo tú, la verdad —le comentó Paula bastante preocupada mientras le entregaba un par de folios dentro de una funda de plástico.

—¿Quién te ha dicho que los voy a meter en el cajón? Tranquila, me las apañaré para que todo salga bien. Confía en mí —respondió Gretta mientras se alejaba. Aunque, la verdad, ella también tenía sus dudas.

La Guardiania de las llaves, sin levantar la vista del periódico, le dijo un buenos días bastante desganado mientras se llevaba la mano al cinturón de la

falda y se aseguraba que el manajo de llaves seguía allí. Ese era un gesto bastante frecuente en Dorotea, una especie de tic. Lo sorprendente de la Guardiania de las llaves es que era capaz de sentir a la gente sin mirar. Bueno, a todos menos a Paula que salía y entraba tan rápido que Dorotea la confundía con una corriente de aire. Pero, normalmente, no le hacía falta levantar la vista del periódico. Parecía tener un poder especial para detectar personas. Y vaya si lo tenía, además de una excelente memoria.

—¿Otra vez vas a visitar a Miss Wells? —se oyó decir a la Guardiania.

—Así es, señora. ¿Sabe si ha llegado ya? —preguntó Gretta por hacerse la agradable.

—Claro que ha llegado ya, y hace un buen rato. Miss Wells es como un reloj, nunca se retrasa... ni se adelanta, no sé cómo logra ser tan puntual —respondió Dorotea que conocía a la perfección las costumbres de cada uno de los profesores del colegio.

—Muchas gracias. Voy a ir subiendo ya, no quiero hacerle esperar —respondió Gretta, muy educada.

Las escaleras hasta el segundo piso estaban mojadas. La señora de la limpieza, que se llamaba Cleótida, acababa de pasar la fregona.

Gretta encontró a la mujer en el rellano del segundo piso y se disculpó ante las marcas que iba a dejar en el suelo. Pero Cleótida le dijo que no se preocupara y la animó a que siguiera su camino.

—Adelante, adelante, chiquilla. Aún tengo que darle otra pasada más —le dijo mientras movía la mano, como si fuera un guardia de tráfico.

Gretta no lo veía pero, tras de sí, iba dejando las marcas de sus zapatos, un camino de pasos hasta el despacho de Miss Wells.

Respiró profundamente antes de llamar a la puerta del despacho, como queriéndose llenar de valor. Se volvió a escuchar la misma voz amable de la profesora indicándole que pasara.

Esta vez, la profesora no estaba sola. El profesor Lechuga estaba allí y llevaba en la mano un papel. Gretta, al ver el logotipo del papel, pudo reconocer que era el programa del campamento, el mismo que su madre les había dado esa mañana.

Ignorando la presencia de Gretta, el profesor Lechuga siguió la conversación.

—Piénsalo bien, Miss Wells —concluyó con la mano en el pomo de la puerta, a punto de salir—. Nosotros estaríamos encantados, y los padres más, te lo aseguro.

—Y yo os lo agradezco, de verdad. Ya hablaremos en otro momento —anunció—. Ahora, como ves, tengo visita.

Era de las pocas veces que Gretta había oído hablar en castellano a la de Inglés y le hizo un poco de gracia su acento, aunque hablaba bastante bien.

Una vez el profesor Lechuga hubo cerrado la puerta, la profesora volvió a su idioma original, y Gretta a estrujarse los sesos para poder comunicarse con ella.

—*It is a present for you. It is my picture* —dijo Gretta, sonriente, mientras le daba el paquete con el cuadro.

—*Oh! My dear Gretta, thank you very much!* —dijo la profesora abriendo mucho los ojos, como sorprendida de que ya lo hubiera terminado.

Mientras la mujer abría el regalo con delicadeza y cuidado de no romper el papel, levantando el celo con la uña y tratando de que no se rasgara, tarea en la cual había puesto todo su empeño, Gretta observaba el despacho.

Estaba todo muy ordenado. Una planta sobre una estantería, una silla apoyada en la pared, libros de gramática y de lectura. Archivadores, carpetas. En la pared un diploma, el cuadro del castillo de Londres. La mesa con el teléfono móvil en un lado, un bote con lapiceros. El bolso colgado del respaldo de su silla. Al otro lado de la mesa debían estar los cajones y, en uno

de ellos, los exámenes, tal y como Paula le había contado.

Pensó que iba a ser muy complicado dejarlos en el cajón, tal y como Paula le había advertido. No veía la manera a no ser que la profesora se ausentara un momento. Aún así, Gretta, de solo pensarlo, se echaba a temblar.

La chica llevaba los exámenes, dentro de una carpeta, dentro de una funda, tanto el de Olivia como el de María. Como Miss Wells seguía quitando el envoltorio del regalo y hablando, Gretta decidió aprovechar el momento para, disimuladamente, abrir la carpeta sobre sus rodillas y sacar las dos hojas de la funda.

—*It is amazing! Very beautiful elephant!*—exclamó la profesora mientras hacía girar su silla y colocaba el cuadro en la pared de detrás para ver el efecto, al lado de la imagen del castillo.

Gretta sonreía con la boca, pero por dentro sentía miedo. ¿Cómo iba a conseguir dejar los exámenes?

La profesora no parecía tener intención de levantarse de su silla y aún menos de salir del despacho. Gretta comenzó a sudar. Se sentía muy sola, atrapada en una situación de mucha responsabilidad pues de ella dependía el verano de las cinco amigas.

Hablaron durante un rato más y llegó el momento de despedirse. Gretta se levantó de la silla y se dispuso a darle un apretón de manos a la profesora.

Pero, ¿se iba a ir así, sin ni siquiera intentar algo?

Gretta se estrujaba los sesos en busca de una idea mientras apretaba la mano de la profesora. No podía irse sin más. Solo se le ocurrió una cosa: dejar caer al suelo los exámenes.

Abrió la mano que tenía libre y las dos hojas cayeron al suelo, lentamente, como hojas de otoño.

—*Oh! What is it?*—dijo Gretta al tiempo que se agachaba y cogía los

papeles, como si los hubiera descubierto, como si siempre hubieran estado allí.

Una vez se los hubo entregado a la de Inglés, esta le dio las gracias por ser tan amable, no entendía cómo habían ido a parar al suelo.

Se pasó una mano por la frente y, antes de abrir la puerta a Gretta, abrió el cajón para dejar junto con el resto de exámenes ese par de hojas. Luego, ordenó los folios poniendo uno sobre otro.

Pero, algo no le cuadraba, algo raro había detectado Miss Wells en aquellas hojas recogidas del suelo. La profesora miraba los bordes de ambas hojas con mucha atención, los repasaba una y otra vez.

La mujer cambió completamente su sonrisa por una mueca muy seria. Miró fijamente a Gretta con sus ojos azules y le dijo que una de esas hojas era falsa.

Gretta se puso blanca. Era verano, pero ella tiritaba y sentía mucho frío a causa de los nervios: le habían pillado.

¿Qué había visto la profesora en aquellas hojas que le hizo dudar de su autenticidad? Trató de disimular, de hacer como que no entendía.

—*What?* —dijo Gretta con voz temblorosa.

La profesora enseguida le demostró cómo había descubierto el engaño.

—*Look at the different size* —le dijo que mirara la diferencia de tamaño poniendo delante de sus ojos ambas hojas de examen.

Entonces Gretta comprendió. La profesora debía cortar las hojas de examen, un poco, con la intención de que nadie diera el cambiazo. Así, la hoja que contenía el nuevo examen de María era diferente, un poco más larga.

La boca de Miss Wells se encogió del enfado que tenía y decenas de arrugas aparecieron alrededor de sus apretados labios. Luego deshizo la mueca al anunciarle a Gretta su suspenso en Inglés.

Gretta se echó a llorar. No sabía qué hacer. Tampoco sabía explicarle todo lo que significaba el suspenso de María y la idea que habían tenido para poder pasar el verano juntas.

Mientras tanto, en la acera frente al colegio, Paula miraba su reloj. Hacía mucho rato que Gretta había subido al despacho. Algo malo debía haberle pasado. No quiso esperar ni un instante más y entró en el edificio tan rápidamente que la Guardiana Dorotea solo volvió a sentir una corriente de aire en la cara.

—El tiempo anda loco, no sé de dónde salen estos vientos repentinos — dijo la mujer extrañada.

Cuando Paula llegó al segundo piso, vio que en el suelo había unas huellas. Se agachó para verlas mejor. Parecían recientes, de ese mismo día. Las huellas eran de un pie más pequeño que el suyo, pudo ver al colocar su zapato junto a la marca, y tenía unos dibujos de flores. Eran, sin duda, las pisadas de Gretta, se dijo Paula.

Siguió el sendero de las huellas. Llegó hasta la puerta de la señorita Wells y dudó de si llamar o no. Pegó la oreja a la puerta para averiguar si su amiga aún estaba allí. Vaya que si estaba y además, llorando.

Entonces sí, llamó a la puerta.

El corazón de Paula iba a mil por hora. Deseaba con todas sus fuerzas que aquellos llantos no significaran lo que se temía.

La profesora tardó en abrir y Paula pensó en entrar sin permiso. Menos mal que no lo hizo porque eso hubiera puesto de peor genio a Miss Wells. Esperó. No podía hacer otra cosa.

Seguramente, dentro, Gretta le estaba contando todo a la de Inglés. Lo del campamento. Lo de que si María estaba suspendida no la iban a dejar ir. Que habían soñado durante años con aquellas vacaciones. Que por favor les repitiera el examen, la semana que viene, antes de que se marchara a Londres. Antes de que entregaran las notas finales.

Paula imaginaba a su amiga suplicando una solución. Pero también sabía que la de Inglés era inflexible y no se iba a doblegar pues había sido engañada. Y eso era algo que, sin duda, le dolía más que cualquier otra cosa. Tal vez si le hubieran pedido desde el principio que le repitiera el examen a María, ella lo habría comprendido. Paula se sintió culpable de su idea amarilla.

La chica volvió a llamar a la puerta. Esta vez la profesora abrió. Paula, al ver a Gretta tan envuelta en lágrimas, confesó: ella también estaba metida en esto, que la suspendiera si era necesario.

Aunque Miss Wells no quería suspenderlas y les tenía aprecio, ambas eran muy buenas en el idioma y mostraban mucho interés en sus clases, no le quedaba otra solución: el código interno del colegio dejaba bien claro el castigo que se debía imponer en estos casos y era, precisamente, el suspenso por mal comportamiento.

El móvil de la profesora sonó y volvió a aparecer el nombre del profesor Lechuga. Miss Wells lo cogió. Había tanto silencio en el despacho y el profesor Lechuga hablaba tan alto, que las chicas oyeron la conversación.

El profesor de Naturales preguntaba si ya se lo había pensado. Las chicas se miraron un poco extrañadas, ¿qué era lo que se tenía que pensar?, ¿por qué el profesor Lechuga insistía tanto?

La de Inglés suspiró. Con el teléfono en la oreja, miró a las chicas varias veces y, tal vez empujada por los acontecimientos, respondió que estaba de acuerdo, que haría el campamento de Inglés.

Además, estaba dispuesta a probar ese mismo verano. Su castillo en Londres era muy grande y en las habitaciones podía alojar a varios estudiantes.

Seguramente, de esta manera, pensó, aquellas amigas podrían pasar las vacaciones juntas.

Paula y Gretta abrieron los ojos de felicidad, y no pudieron evitar

abrazar a Miss Wells. La profesora les hizo prometer que nunca jamás la iban a volver a engañar, ni a ella ni a ningún otro profesor, y ya más calmada, les explicó sus planes para ese campamento. El colegio llevaba años pidiendo que organizara algo, y había sido este año cuando más habían insistido porque el campamento del profesor Lechuga estaba llenísimo.



## Capítulo 16

### *Cambio de planes*

Varias bombillas alrededor de la puerta de la entrada de la casa del árbol y sobre el tejado daban al lugar un aspecto festivo. Las chicas tenían cosas que celebrar.

Había sido María la que había comprado las luces con el dinero sobrante de la venta de limonada. Luego, con ayuda de su madre, las habían colocado en lo alto y conectado a una corriente de electricidad que el padre de María había instalado cuando construyó la casa del árbol.

Las luces parpadeaban, encendiéndose y apagándose a diferentes tiempos. Dentro ya estaba todo preparado para el regreso de Paula y Gretta. En el suelo, Blanca había extendido un mantel y traído refrescos, y Celia había colocado una bandeja repleta de cookies.

Las tres amigas estaban impacientes aunque seguras de que gracias a Gretta y Paula el examen estaba en su sitio, y María estaba aprobada. No dudaban del éxito de la idea amarilla.

—¿Os puedo tocar la pieza de la audición final? —dijo Celia sacando de la funda su flauta travesera—. Así la espera se nos hará más llevadera, ¿no os parece?

—Buena idea, sí, por favor, necesitamos algo que nos entretenga un poco. Esta espera se está haciendo interminable —afirmó Blanca.

De la flauta de Celia salía la melodía de «El lago de los cisnes». Mientras, Gretta y Paula llegaban al jardín, desde donde contemplaron la nueva decoración de la casa del árbol.

— ¡Hala! ¡Qué bonitas! ¡Me encantan las bombillas! —exclamó Paula.

Conforme se acercaban escuchaban más claramente la flauta de Celia: era todo como de cuento. Las amigas sonrieron y subieron las escaleras todo lo rápido que pudieron.

—¡Ya estamos aquí! ¡Por fin! Y sanas y salvas —anunció Gretta dejándose caer sobre los cojines. La chica estaba muy cansada, había sido una mañana de muchas emociones.

Celia, Blanca y María las recibieron con un gran aplauso. Estaban felices de pensar que todo estaba ya solucionado.

—No tan rápido, no tan rápido. No cantéis victoria antes de tiempo —dijo Gretta desde el suelo, mirando la lámpara de pergamino que colgaba del techo.

—Sí... mejor esperad a saber lo que ha sucedido en el despacho de Miss Wells —propuso Paula mientras cogía una cookie.

—¡Contadnos, por favor! ¡¡¡No nos tengáis en ascuas!!! —pidió María que por un momento dudó que el plan hubiera funcionado.

Gretta se incorporó y se quedó sentada con las piernas cruzadas. Las manos hacia atrás sujetando el peso de su cuerpo reposaban sobre un par de cojines.

—Está bien, pero hasta que no termine de contar lo que ha pasado, no digáis nada, ¿lo prometéis? —pidió Gretta —. Aunque no lo parezca esta historia tiene un final feliz.

El resto de las chicas se sentaron alrededor de Gretta, que había cogido en brazos al gato de María y lo acariciaba mientras relataba lo ocurrido.

Escuchando a la chica, se hizo casi la hora de comer, pero ninguna tenía hambre. Además con el aperitivo que habían preparado tenían más que suficiente. Luego, en sus casas, seguro que sus padres les reprochaban haber tomado galletas antes de comer.

—Entonces, ¿vosotras también estáis suspendidas? —preguntó horrorizada María tapándose la cara con las dos manos.

—Sí, eso parece. Lo malo será cuando nuestros padres se enteren. Esperemos al menos que Miss Wells no ponga en las notas que el suspenso se debe a mal comportamiento. Eso implicaría un severo castigo, y a lo mejor no nos dejaban ir al castillo londinense de la profesora — dedujo Gretta

—Crucemos los dedos —dijo Paula—. A mis padres no les haría ninguna gracia. Una vez mi hermana mayor se portó mal en clase de Arte y le suspendieron todo el trimestre. Estuvo el resto del curso sin salir de casa. Mis padres le dijeron que estaban muy enfadados por su mala conducta, incluso más que por el suspenso. No hay quien entienda a los padres, uf.

—Ya... bueno, la cuestión es que ahora nos tenemos que apañar para que nuestros padres nos dejen ir a Londres. Es un cambio de planes bastante grande, pero, al menos los míos, siempre me han dado mucho la lata con que si quiero pasar un mes en Inglaterra para aprender bien el idioma —dijo Blanca.

—La verdad es que es una oportunidad muy buena, estoy segura de que a los míos les parecerá muy bien. Ya tendremos ocasión de ir al campamento otro año —pensó Celia.

—¿Os parece que vayamos tanteando el terreno con el tema del campamento en Inglés? —propuso María.

—Sí, sí, sería bueno indagar qué les parece. Podríamos decirles, que nos hemos enterado de que van a lanzar la oferta en los próximos días —apoyó la idea Celia.

—¿María? ¿Todavía estáis ahí? —se oyó decir a la madre de María desde el jardín—. Tenéis que bajar, es un poco tarde. Imagino que vuestros padres deben estar esperándoos para comer.

—Sí, mamá, ahora mismo bajamos. En dos minutos, aún tenemos que recoger esto un poco —respondió María.

Las chicas se apresuraron en recoger los restos de galletas, sacudieron el mantel y dejaron todo en orden antes de despedirse.

—Confiemos en que todo saldrá bien —dijo Greta—. Ya sabéis, cualquier novedad nos la contamos a través de nuestros gatos.

—De acuerdo —dijo Celia—. Yo esta tarde la pasaré en casa, tengo que ensayar para la audición final.

—Yo tengo clase de ajedrez —recordó Blanca—, pero después estaré encantada de salir a dar un paseo.

—¿A qué hora es tu clase, Blanca? —preguntó Paula—. Yo acabaré de entrenar sobre las seis.

—Creo que como ya no tenemos clases, la profesora de ajedrez dijo que iba a venir a mi casa un poco antes de las cuatro —contestó Blanca.

—A mí me encantaría salir a dar un paseo, pero esta tarde tengo que volver al dentista. Me hacen la prueba del aparato —dijo María—. Antes de los brackets me tienen que poner uno para ensanchar el paladar.

—Yo no sé si saldré... —dudó Greta—Me espera una larga tarde hablando con mis padres. Les voy a decir que he suspendido. No quiero guardar el secreto, se me notaría. Además, prefiero que se enteren por mí. Siempre les cuento todo.

## Capítulo 17

### *Llamadas inesperadas*

Gretta caminaba despacio de camino a su casa. Movía los pies como a cámara lenta, y parecía como si aquellos zapatos que habían dejado sus huellas en el pasillo del colegio le pesaran cinco kilos. Realmente no quería llegar. No, al menos, sin tener las ideas claras acerca de lo que les iba a explicar a sus padres.

No pensaba decirles nada del engaño a Miss Wells, ni del plan que habían llevado a cabo con escaso éxito, eso lo tenía muy claro. Pero sí quería contarles que había suspendido la asignatura de Inglés y que iban a hacer un campamento en Londres.

A su madre no le gustaba nada cambiar de planes, y ahora que encima le habían enviado el programa del campamento, lo había imprimido dos veces y seguro que también lo había leído de cabo a rabo, aún iba a ser más difícil convencerla. Su padre, en cambio, era más flexible. Tendría que jugar bien sus cartas para conseguir su propósito.

Una vez frente a la puerta de su casa, llamó al timbre. Su madre la estaba esperando y no tardó ni un minuto en abrirle. Gretta le dio un beso y le pidió disculpas por haberse retrasado.

En realidad, le hubiera gustado pedirle perdón por más cosas. Por engañar a Miss Wells, por haber suspendido, por no contarle el problema de María y haber escuchado su consejo. Incluso por haber tomado galletas de chocolate antes de comer. Gretta se sentía culpable, casi por todo.

Su madre le dio un abrazo. Luego, carraspeó varias veces. Era algo que siempre hacía cuando quería decir algo importante pero no sabía cómo hacerlo. Como si la noticia se le hubiera quedado agarrada en la garganta y solo tosiendo lograra expulsarla. Eso era algo que Gretta había observado.

—¿Qué te pasa? —preguntó la chica, preocupada.

—Nada, nada. Anda, ve a lavarte las manos que la comida está lista desde hace un buen rato —dijo la madre señalando los platos de macarrones con tomate y atún—. Tu hermano hoy no viene a comer, ha llamado avisando de que se queda en casa de Óscar.

—¡Juuaaan, a comer, la niña ya ha llegado! —gritó para que le oyera el padre que estaba en el salón, esperando.

Gretta sabía que a su madre le pasaba algo. Se quedó frente a ella, intentando no pensar en nada más, mirándola a los ojos. Conforme Gretta se concentraba, la cocina iba desapareciendo. Las ventanas, la mesa, las sillas, las baldosas de las paredes, los tarros con legumbres, todo se borraba de la vista de Gretta, que trataba de ver el color de la mirada de su madre, y averiguar así qué le sucedía.

—Mamá, el color de tu mirada es marrón —aseguró Gretta.—Y eso significa que estás muy preocupada.

—Qué cosas tienes, ¿yo preocupada?, ¿crees que debería estarlo?, ¿acaso hay algo que tengas que contarme? —la madre iba dejando preguntas en el aire, como quien tiende calcetines.

—No, no debes estar preocupada por nada, pero sí hay algo que quiero contarte. A ti y a papá —dijo la chica mirando al suelo.

—No creo que haga falta que lo cuentes —dijo el padre mientras tomaba asiento en la mesa—. Nos ha llamado tu profesora de Inglés —continuó—. Pero, aun así estaremos encantados de escucharte.

A Gretta le dio un vuelco el corazón.

—Sí —balbuceó la chica casi a punto de llorar—. Os lo voy a contar todo. Aunque antes prefiero saber qué os ha dicho.

—Nos ha contado lo de tu suspenso —dijo el padre al tiempo que

desplegaba la servilleta y se la colocaba sobre las rodillas.

—Sí, bueno, he suspendido Inglés—reconoció Gretta—, pero... ¿qué más os ha dicho? Dímelo, papá, por favor—pidió Gretta acercándose al padre y tropezando con una banqueta.

—A ver, no nos pongamos nerviosas, Gretta —le dijo la madre cuando a ella se le cayeron los cubiertos.

—No, no vamos a hacer un drama de esto —sentenció el padre—. Estudiará en verano y punto. Me ha dicho la profesora que van a hacer un campamento de Inglés en Londres, en su castillo. Ese que dices que tiene fantasmas —comentó el padre guiñando un ojo a la chica—. Me ha comentado que sería una buena oportunidad para ti que asistieras.

—Pero, pero... la niña lleva tiempo diciendo que quiere ir con sus amigas al campamento del profesor de Naturales —le recordó la madre de Gretta que no era partidaria de cambiar de planes.

—Del profesor Lechuga—apuntó Gretta.

—Sí, bueno, como se llame. Imagino que seguirás con esa idea, ¿no, Gretta? —preguntó la madre—. Si vas a una academia hasta el 10 de agosto que es cuando empieza el campamento, y cuando regreses de las vacaciones vuelves a ir a la academia hasta el día del examen, no le veo sentido a irte a Londres, la verdad. Nada menos que a Londres, ¡qué barbaridad!

Gretta se quedó callada.

—Este año solo acepta a unos pocos alumnos que ella misma ha escogido y a los cuales está sugiriendo que asistan —añadió el padre—. Y Gretta ha sido una de ellas. A mí me parece una muy buena oportunidad, no solo para aprender Inglés, también para pasar esos diez días con sus amigas.

—¿Cómo sabes que mis amigas van a ir? —preguntó Gretta con los ojos muy abiertos y la boca manchada de tomate.

—Bueno, seguro no es, dependerá de si a los padres de tus amigas les parece bien. Yo le pregunté a la profesora a quiénes iba a ofrecer el viaje — confirmó el padre—. La mayoría eran de 5º y dijo el nombre de tus amigas María, Blanca, Paula y Celia.

Gretta sonreía, estaba realmente contenta. Miss Wells les estaba haciendo todo el trabajo. Ya no tendrían que empezar a suplicar a los padres.

—Oh, a mí me encantaría. Ya sabéis que siempre hemos querido pasar unos días juntas —les recordó Gretta—. Además os prometo que sacaré un diez en septiembre. Papá, ¿te dijo el nombre de alguien más?

—Sí, algún nombre más me dijo. Ahora no recuerdo bien... ¿Olivia? ¿Puede ser ese el nombre? —dijo el padre— Ja, ja, ja, no, espera, no creo que nadie se llame como las aceitunas.

A Gretta se le borró parte de la sonrisa de solo pensarlo.

—¿Olivia?! —exclamó la chica— Uf, y me imagino que también te habrá nombrado a Isabella y a Camila, ¿no?

—Eso es, Olivia. Del resto, si te digo la verdad, no recuerdo los nombres, estaba más interesado en la planificación y organización del viaje y la estancia —comentó el padre de Gretta.

La madre de Gretta movía la cabeza de un lado a otro. No le estaba gustando nada la idea.

—Ni pensarlo —acabó por decir—. Vamos a dejar ya el tema. ¿No te das cuenta de que la niña no quiere ir? ¿Verdad, Gretta?

—Bueno... la verdad, es que sí que querría ir —dijo temerosa de que su madre no lo comprendiera.

—Yo creo, cariño —dijo el padre dirigiéndose a su esposa—, que es una muy buena oportunidad. La niña se verá en situaciones en las que tendrá que ponerse a prueba y en esos momentos es cuando realmente se aprende de



verdad un idioma. Es lógico: un idioma se aprende bien cuando necesitas utilizarlo.

—Sí, sí, eso es verdad —dijo la madre pensativa.

—Miss Wells se ha comprometido a enviarnos esta misma tarde el programa por escrito. También el precio, el tema de los viajes en avión, etc. —afirmó el padre—. Si os parece bien, esta noche le echamos un vistazo.

—¡¡¡¡Sí!!! —exclamó Gretta entusiasmada. Se sentía feliz por todo y daba gracias de los padres que tenía, tan comprensivos. Se sentía muy afortunada.

—Uy, las tres y media —dijo el padre mirando el reloj—. Me voy corriendo a trabajar o llegaré tarde.

Cuando madre e hija se quedaron solas, Gretta le preguntó si su mirada marrón se debía a la preocupación por su suspenso en Inglés. La madre abrazó a la chica y le dijo que sí, pero que confiaba en ella y sabía que estudiaría en verano para recuperar la asignatura. Gretta pensó que también era muy afortunada al tener a Miss Wells como profesora, y eso que le había suspendido, pero, al menos, no había contado a sus padres lo del mal comportamiento.

—Voy a recoger todo esto. Hoy me toca a mí —dijo la madre con los platos en la mano.

Solían turnarse, los miembros de la familia, en lo relativo a recoger la cocina.

—Lo haremos juntas —propuso Gretta que ya había abierto el lavavajillas y metido varios cubiertos.

Cuando terminaron, Gretta llamó a su gato Mufy.

—Ven aquí, bonito —le susurró a la oreja.

El gato ronroneó varias veces y se dejó acariciar.



## Capítulo 18

*Yes!*

Mufy se relamía al pensar en su premio. Llevaba al cuello una carta en la cual, Greta avisaba a sus amigas de lo ocurrido durante la comida. También les comunicaba que todas ellas habían sido seleccionadas para ese primer campamento en Londres.

La nota había sido escrita a toda prisa, pues Greta estaba impaciente por compartir la noticia con sus amigas. Aun así no pudo resistir la tentación de hacer uno de sus dibujos y, esta vez, dibujó cinco grandes sonrisas.

Las sonrisas y la noticia fueron pasando por las manos de las chicas, de gato en gato. Conforme la leían, les invadían unas ganas horribles de preguntar a sus padres si habían recibido una llamada del colegio, pero prefirieron esperar.

Ahora ya estaban avisadas y sabían que era cuestión de tiempo que Miss Wells marcara sus números de teléfono.

Lo que Greta no les contó es que «las brujas», es decir, Olivia, Isabella y Camila, también iban a ser invitadas al castillo londinense. Se lo había callado, no porque quisiera ocultarlo, sino porque quería que la felicidad de la noticia no se viera empañada por semejante compañía. Greta tenía la esperanza de que los padres de «las brujas» no les dejaran ir a Londres o ya tuvieran otros mega planes para sus súper hijas.

Cuando Mufy regresó, pidió su chuchería para gatos. Greta pasó su mano por el suave lomo del animal y fue hasta la despensa donde estaba el tarro con las chucherías, cogió una en forma de ratón y se la dio. La sonrisa no se le borraba de su cara, como al resto de las chicas.

Y es que todas estaban muy felices. Al final, el plan amarillo de Paula no

había salido mal. Simplemente, había tenido un final distinto.

Ahora lo único que faltaba es que los padres de todas vieran con buenos ojos el viaje a Inglaterra. Y así fue.

Tanto los Lomper, como los Gómez, como los Fuentes, como los Manso recibieron la llamada de Miss Wells y vieron bien la propuesta que la de Inglés les comentaba con su dulce voz y su castellano casi perfecto. También aprovechó para explicar un poco cuál iba a ser la metodología que iba a utilizar y otra serie de cuestiones relativas a las clases de verano.

Los padres de Paula fueron avisados del suspenso en Inglés, y aún les pareció mejor el ofrecimiento: era una buena manera de repasar la asignatura. Confiaron en que Paula recuperaría la asignatura en septiembre, y se extrañaron de semejante resultado pues la chica nunca había suspendido ninguna.

Esa noche, en el salón de las cinco casas, se repasaba el programa y los requisitos para asistir al intensivo de Inglés.

—La verdad es que el cursillo es muy completo —dijo la madre de Gretta cuando terminó de leer el programa—. Mira, además de cuatro horas diarias de Inglés, también tienen actividades deportivas como el críquet o el tenis. Además, aquí pone que un par de veces a la semana se realizará una salida cultural.

—Creo que voy a pedir que nos dejen ir a nosotros, ja, ja, ja, no me vendría nada mal mejorar el idioma —bromeó el padre de Gretta—. Está muy pero que muy bien montado.

—¡Ni se te ocurra, papá! —exclamó Gretta.

—¡Y un mini crucero por el Támesis! Sin duda, nos apuntamos, ja, ja, ja —bromeó, de nuevo, el padre.

—Hay que ver qué suerte tienen estas niñas. Visitarán el *Big Ben*, la noria *London Eye*, pasearán por el *Picadilly Circus*... No como en nuestros tiempos

que nos llevaban de campamentos al pueblo de al lado, ¿te acuerdas? —dijo la madre de Gretta.

—Desde luego, los tiempos han cambiado. El mundo es amplio y por suerte viajar ya está al alcance de muchas personas. Es bueno conocerlo —dijo el padre pensativo—. De ahí la importancia de saber idiomas.

—Pero, veamos, cuál va a ser el horario del día a día —dijo la madre chupándose el dedo índice para pasar la página del programa que, por cierto, era la tercera vez que leía y había vuelto a imprimir dos veces.

—Aquí está —dijo, y comenzó a leer en voz alta.

Hora de levantarse: a las 7.30h.

Desayuno: a las 8:00h.

Clases de 8:30 a 10:30h.

Pausa para tomar un tentempié.

Clases de 11:00 a 13:00h.

Comida: a las 13:00h.

Lectura en la biblioteca del castillo: de 14:00 a 15:00h.

Actividades deportivas: de 15:15 a 16:15h.

Tiempo libre hasta las 17:00h.

De 17:00 a 19:00h.: diferentes tipos de actividades aún por determinar, como actividades culturales o visitas guiadas.

Cena: 19:30h.

Tiempo libre.

Hora de dormir: a las 21:00h.

—Oye, pues está muy bien organizado —afirmó la madre de Gretta.

—Y mira, de precio tampoco está nada mal. Menudo chollo. No debe estar cobrando nada de alojamiento, porque es un precio realmente asequible para los días que son —afirmó el padre levantando una ceja.

—Menudo morro tienes, querida hermanita —dijo Luis con envidia—. Al año que viene yo me apunto, tomad nota, ¿eh? Que al final siempre es Gretta la que hace las cosas más divertidas.

—Si quieres preguntamos a la profesora si puedes ir tú este año —propuso la madre.

—Este año tengo otros planes —dijo el hermano, muy misterioso.

En el fondo, a Luis le apetecía quedarse unos días con la casa toda para él. Y también no tener que compartir a sus padres, todo sea dicho de paso.

—Además, ¿quién va a cuidar a tu gato? —se dirigió a Gretta.

—Pues, sinceramente, espero que no seas tú —dijo la chica muy digna sacándole la lengua a su hermano—. No sé si sobreviviría más de tres días, pobre gato, con lo despistado que eres.

—Ja, ja —rio Luis sin ganas—. Ya te gustaría cuidarlo la mitad de bien que yo —se burló de Gretta y le estiró del pelo.

—¡Mamáaaa! —protestó Gretta.

—¡Niños! Ya está bien, ¿queréis que os castigue a los dos? —dijo la madre en tono de amenaza.

—¡Pero si yo no he hecho nada! —protestó Gretta con cara de fastidio.

Gretta y su hermano Luis solían pelear por tonterías. A su madre no le gustaba, como a ninguna madre, y sufría pensando que no se llevaban bien.

Pero, en realidad, los celos que se tenían eran más pequeños que su admiración. En el fondo, no podían estar el uno sin el otro y Luis sabía que ese verano echaría de menos a Gretta.

## Capítulo 19

### *Entrega de notas y algo más*

La señorita Blanch estaba plantada en las escaleras del colegio como un escuálido árbol. En lo alto de su cabeza el moño hacía de nido y, de vez en cuando, la anciana se lo tocaba como para asegurarse de que seguía ahí.

Conforme iban llegando los alumnos al colegio, ella les daba los buenos días, junto con un número que indicaba el orden de espera para recoger las notas.

Esa era una idea que ella misma había implantado ese año, pues recordaba que otros cursos, el día de entrega de las notas el colegio era un auténtico caos. Se notaba que la señorita Blanch, aunque ya jubilada, tenía ideas para rato.

—¡Buenos días, señorita Blanch! —exclamó Blanca contenta de ver allí a su profesora preferida.

—Buenos días, querida Blanca —respondió la señorita sonriente—. ¿Venís todas juntas?—preguntó mientras contaba a las chicas y entregaba a Blanca cinco números.

—Así es, muchas gracias. Por lo menos podremos esperar juntas —dijo Blanca que se había dado cuenta de que a esa hora, las once, el colegio estaba llenísimo de alumnos y la fila para recoger las notas parecía interminable.

Las amigas entraron y, antes de que pudieran pasar de la portería, laGuardiana de las llaves las llamó.

—¡Psst! —le salió el sonido de la boca levantando un poco el labio y arrugando la nariz.

Pero ninguna reparó en que las estaba llamando.



—¡Psst! —repitió— ¡Eh, vosotras! —chilló al ver que su anterior sonido no había llamado la atención del grupo.

—¿Es a nosotras? —preguntó Celia extrañada y con cierto temor a que les echara la bronca.

—Sí, sí, acercaros, por favor. Tengo órdenes precisas de la señorita Blanch de apuntar en esta lista vuestro nombre y el número que ella os ha entregado —dijo apoyándose en el mostrador y pasando las páginas de un arrugado cuaderno. Hay qué ver las nuevas ideas que le salen de ese moño —dijo fastidiada por la nueva tarea que esa mañana no le estaba dejando leer el periódico.

Cuando las hubo inscrito, la Guardiania les indicó que debían colocarse en la fila.

Las notas las estaba entregando la directora, otra novedad de ese año, pues siempre eran los tutores los que las daban en las clases. De ahí tal acumulación de alumnos.

—¡Ni que regalaran algo! —protestó Paula al ver la enorme fila frente a la puerta del despacho de doña Plan de Vert.

—¡Puaf! Y encima mirad las que tenemos delante... —dijo Celia en voz baja, fastidiada al ver a Olivia, Isabella y Camila.

«Las brujas» se dieron la vuelta y las miraron por encima del hombro al tiempo que ponían cara de asco. Eran muy desagradables cuando querían. También bajaron la voz y se hablaron al oído para que no pudieran escuchar su conversación. Algo de verdadera mala educación.

Gretta pensó que seguro que estaban hablando del intensivo de Inglés en Londres. Tal vez se estarían preguntando si aquellas cinco amigas también iban a ir. Así que decidió ponerles un poco nerviosas.

—Hola Olivia —dijo Gretta dando un paso al frente y colocándose delante de sus narices—. ¿Al final vas a ir al campamento? —preguntó sin especificar

cuál.

—Hola, Gretta —respondió de mala gana la chica—. No, no voy a ir al campamento del profesor Lechuga. Mis amigas y yo tenemos otro tipo de viaje planeado para este verano —comentó arrogante—. Espero que vosotras lo paséis muy bien construyendo cabañas y manchándoos las manos de tierra para cavar hoyos. Ja, ja, ja —rio.

—Bueno, la verdad es que nosotras tampoco vamos a ese campamento —anunció Gretta haciéndose la interesante.

—Vaya, pobrecitas. ¿Os han castigado? No me extraña, a vuestros padres no les debe gustar nada eso de que estéis todo el día por las ramas en la casucha esa, igual que si fuerais monos. No me quiero ni imaginar lo aburrido que tiene que ser pasar todo el verano aquí —dijo Olivia.

—No, no, nada de eso —aclaró Gretta a punto de soltar la noticia— ¡Nos vamos todas a Londres! ¡Al castillo de Miss Wells! ¡Igual que vosotras! ¿No es así?

—Sí, nosotras estamos invitadas. Tenemos pase VIP en el castillo de la distinguida profesora de Inglés que ha pedido a nuestros padres que acudamos —apuntó Olivia dándose una excesiva importancia.

—Oh, ja, ja, ja, pase VIP —rio Gretta que no podía de la risa con los comentarios absurdos que «las brujas» hacían a veces.

La cara de «las brujas» cambió de color. Apretaron los labios de rabia y sus bocas se convirtieron en una línea conteniendo el enfado. Las aletas de la nariz se les movían como si fueran las bocas de peces fuera del agua.

Isabella, muy alterada, cogió el móvil y puso un mensaje a las demás. Olivia y Camila notaron que sus teléfonos móviles vibraban dentro de sus bolsos y se apresuraron a mirar las pantallas. Tenían un mensaje de WhatsApp. Era una manera de comunicarse sin que nadie las oyera.

Isabella: chicas, menudo fastidio.

Olivia: ni que lo digas...

Camila: qué horror, las niñas en Londres con nosotras... De momento será mejor hacer como que no nos importa.

Las tres chicas se guardaron el móvil a la vez en sus bolsos rosas. Miraron hacia otro lado, ignorándolas, y cambiaron de conversación.

Mientras tanto, María, Celia, Paula y Blanca miraban asombradas a Gretta.

—¿En serio estas vienen a Londres? —preguntó Celia bastante alarmada, pues había sufrido las burlas de Olivia con anterioridad.

—Baja la voz. Sí, mi padre le preguntó a Miss Wells quién iba a ir a su curso de Inglés —contestó Gretta en susurros—. Pero no te preocupes, Celia, no van a conseguir amargarnos el verano —dijo Gretta tratando de tranquilizar a su amiga.

—No las tengo todas conmigo —susurró Celia.

—Si vuelven a hacerte algo, se lo diremos a Miss Wells y puede incluso expulsarlas —apuntó Gretta.

—También podemos ponerlo en conocimiento de los fantasmas del castillo —dijo pensativa Paula.

—¿Cómo dices? No te entiendo, Paula —dijo perpleja Celia que no entendía qué tenían que ver en eso los fantasmas.

—Quiero decir que podemos hacerles pasar bastante miedo en el castillo... —explicó Paula—. Pocas ganas les quedarán de meterse con nadie cuando su máxima preocupación sea huir de las apariciones, ja, ja, ja.

La mañana transcurrió sin más novedades que la recogida de los respectivos boletines con las notas. No hubo ninguna sorpresa, salvo que Paula sacó notable en Educación Física, cosa que no le gustó nada pues era muy deportista.

—Será que no estudiaste mucho para el examen escrito —dijo María tratando de tranquilizar a su amiga—. La próxima vez pon un poco más de empeño en la teoría y seguro que sacas un diez.

Paula la miró poco convencida, pero intentó dejar de lado el tema: no le apetecía pensar más en el colegio. Ahora ya solo quería pensar en el futuro. Su idea amarilla había funcionado, en parte, y por fin pasarían las vacaciones juntas.

También tenían que ir decidiendo y comprando el regalo de la amiga invisible que se entregarían durante la estancia en Londres.

—Chicas, ¿qué os parece venir a mi casa y buscar información sobre Londres y el castillo encantado? —preguntó al resto.

—¡Por mí genial! —exclamó Blanca—. Y ya de paso podríamos coger el programa e ir organizando lo que vamos a necesitar. Así nuestros padres lo tendrán más fácil a la hora de preparar las cosas.

—Pues no se hable más, vamos para tu casa, Paula —dijo Gretta consultando su reloj—. Aún falta un rato hasta la hora de comer.

Las cinco amigas caminaron hacia la casa de Paula, que era la que más alejada estaba del colegio.

Una vez allí, la madre de Paula les saludó y ofreció un refresco de naranja que las chicas se tomaron en un momento. Estaban sedientas después de la caminata y el calor del verano.

Alrededor de una pequeña mesa baja habían colocado unos cojines donde las chicas se sentaron.

Paula encendió su tablet mientras les contaba que al año que viene iba a presentarse a las pruebas del equipo local de baloncesto. Cada una contaba algo del siguiente curso. Aunque tenían gustos muy diferentes, eso no les impedía ser grandes amigas. Al contrario, la variedad de gustos enriquecía al

grupo.

«Castillos encantados en Inglaterra» escribió Paula en el buscador de *Google*, y le dio a buscar.

En menos de un segundo aparecieron miles de resultados.

—«Castillos encantados y sus leyendas», «Visita el castillo más embrujado de Inglaterra», «Cinco castillos y sus fantasmas», etc. —iba leyendo Paula—. Uf, me parece como buscar una aguja en un pajar. Si tenemos que leernos todo esto para encontrar el de Miss Wells lo llevamos claro —concluyó desanimada al ver tantísimos resultados.

—Igual podrías buscar «Castillos con fantasmas en Londres» —sugirió Blanca.

Paula hizo caso y tecleó la sugerencia de Blanca.

—«Lugares con fantasmas en Londres», «La torre de Londres», «Londres misteriosa», etc. Nada, más de lo mismo, me parece muy general. ¿Alguien sabe el nombre del castillo? —preguntó Paula en un intento de afinar la búsqueda.

—Umm, pues no... pero creo recordar que en el despacho, la de Inglés tenía un cuadro donde aparecía su castillo. No logro recordarlo muy bien, pero creo que debajo de la pintura ponía *nosequé Castle*—apuntó Celia muy pensativa.

—Sí, yo vi ese cuadro las dos veces que fui a su despacho. ¿Volvemos y lo miramos?—preguntó Gretta a Paula bromeando.

—Umm... no, mejor no, gracias —respondió Paula—Celia, ¿puedes hacer un poco de memoria?

—Sí, sí, estoy pensando —respondió la chica con los ojos cerrados tratando de recordar—. Creo que empezaba por B.

—Rápido, Paula, teclea: «Nombres de castillos en Inglaterra que empiecen por B» —propuso Greta.

—«*Beeston, Belvoir, Bruce, Brithrt, Birstone*»...—leyó Paula sin mucha esperanza de encontrar el que buscaban.

—¡¡Ese es! ¡¡*BIRSTONE*!! —exclamó Celia satisfecha.

Paula escribió «Castillo de *Birstone*» en el buscador de Internet. El corazón de las chicas latía rápido. No sabían realmente qué historia iban a encontrar al leer la información que la enciclopedia de la web les iba a mostrar en cuanto Paula pinchara en el enlace.

Con los ojos cerrados, Paula accedió al enlace. Blanca cruzaba los dedos para que el texto no nombrara a los fantasmas o, si lo hacía, que fuera en términos de rumores infundados, invenciones de la gente. No le hacía ninguna gracia la idea de tener que compartir habitación con espectros.

—¿Por qué tarda tanto en cargarse la página? —preguntó María impaciente mientras se mordía las uñas.

—Será el módem. A veces funciona fatal —dijo Paula fastidiada de que justo en ese momento a la conexión le hubiera dado por dar problemas.

En la pantalla de la tablet un reloj daba vueltas y la barra de progreso de la carga de la página avanzaba muy poco a poco.

—Uf, cuánto tarda, yo me voy a tener que ir pronto —anunció Greta.

—¡¡¡Ya está!!! —anunció Paula chillando de la alegría.

Las chicas se arremolinaron alrededor de la tablet de Paula y se quedaron de piedra al ver la foto de un castillo en ruinas.

—¿¿¿Quéééé??? ¿Es ahí donde vamos a pasar nuestras vacaciones? —dijo María aterrada.

En la fotografía aparecía un castillo en ruinas que no se parecía en nada al

del cuadro que la profesora tenía en su despacho.

Las chicas observaron con bastante tristeza varias torres rotas, un foso donde las plantas habían decidido crecer de manera desordenada, un puente con más de la mitad de las tablas partidas y una muralla muy deteriorada, como una boca con caries.

—No me lo puedo creer —susurró Blanca—, baja un poco la página, ¿qué pone ahí?

Paula comenzó a leer.

—El castillo de *Birstone* fue construido en 1012. De origen medieval la construcción fue destruida en 1330 a causa de las guerras que en ese momento assolaban el lugar —leía Paula con interés.

—Desde luego, lo dejaron todo roto —apuntó Blanca.

—Pertenece al Lord Wells —leyó la chica—¿Habéis escuchado? Es realmente el castillo de Miss Wells, ¡qué horror! ¿Cómo vamos a pasar ahí las vacaciones?

—Vamos a ver, chicas, un poco de tranquilidad, que no cunda el pánico —pidió Gretta al grupo—. Mis padres siempre me dicen que no me crea todo lo que pone en Internet. Circulan muchas noticias falsas y muchos engaños, también.

—Pero este artículo es nada más y nada menos que de la enciclopedia más prestigiosa de la red —dijo María.

—Nada es infalible, ni escapa de las garras de la mentira —dijo Gretta— ¿Sabes que cualquiera puede escribir ahí, ¿no? Solo hay que hacerse una cuenta.

—¿En serio? —preguntó Paula— No tenía ni idea.

—Os propongo que tomemos esta información con cautela. ¿Creéis que

Miss Wells se llevaría a quince alumnos a un castillo en ruinas? Vamos, yo eso no me lo creo, sería una imprudencia —dijo Gretta.

—Eso es verdad —pensó en voz alta María.

—Chicas, yo me tengo que ir ya —Miró su reloj Gretta—. Os propongo que investiguemos cada una por nuestro lado, siempre teniendo en cuenta que no todo lo que pone en Internet es cierto. Podemos darnos un par de días y hacer una reunión en la casa del árbol.

—Sí, porque además hoy tampoco nos ha dado tiempo de mirar el programa —recordó Blanca.

Las amigas se despidieron, por delante tenían mucha labor de investigación. Tal vez podrían pedir ayuda a sus padres o a sus hermanos mayores.



## Capítulo 20

### *Un castillo peculiar*

El viento movía las ramas de los árboles y una gran nube gris avanzaba en el cielo. Varias gotas mojaron la frente de Gretta que en ese momento se dirigía a la cita con el resto de amigas.

Debía acelerar el paso, pues la tormenta de verano estaba al llegar.

Arriba, en la casa del árbol, las bombillas que María había colocado bailaban en fila, ordenadas. Una rama chocaba, una y otra vez, contra el cristal de la ventana.

—Uf, ese ruido me da dentera —dijo Paula—, es como si alguien rascara con la uña el vidrio.

—A mí lo que me da mucha cosa es el ruido de la tiza rascando la pizarra. Uf, no lo puedo soportar —comentó Celia.

—Pues a mí no hay nada que me dé esa repugnancia de la que habláis —comentó María—. Por cierto, he leído que en Londres llueve un montón. Tendremos que llevarnos paraguas, chubasqueros y botas de agua.

—¿Habéis obtenido alguna información sobre el castillo? —preguntó Blanca mientras sacaba de su bolsillo una hoja doblada en cuatro. Seguramente la chica había ido apuntando cosas sobre ese tema—. A ver si llega Gretta y podemos empezar a poner en común nuestras averiguaciones.

Gretta caminaba concentrada en sus pensamientos sobre el castillo de Miss Wells, ajena a las gotas de lluvia que caían sobre su pelo. Había conseguido algo de información a través de una web especializada en temas medievales que su padre le había recomendado. Juntos, padre e hija, habían escrito a la dirección de correo electrónico que figuraba en la web, en la sección

«contacto».

El padre de Gretta, que era informático, le había explicado muchas veces los peligros de Internet y le había dicho que no debía dar sus datos, ni escribir a nadie ella sola. Nunca se sabía quién estaba al otro lado de una dirección de correo.

En esos temas había que andar con mucho cuidado. Así que los dos, padre e hija, escribieron un correo electrónico pidiendo información sobre el castillo de *Birstone* que estaban seguros que era de la época medieval.

Eso era justamente lo que Gretta iba pensando pues en la contestación de la web de temas medievales figuraban datos como el año de construcción, los propietarios actuales y también que había sido reconstruido mucho tiempo después de la guerra, cuando el Lord Wells lo adquirió como residencia, en un intento de alejarse de una sociedad que le rechazaba. Pero lo que realmente ocupaba el pensamiento de Gretta era la leyenda que sobrevolaba el castillo como un cuervo.

Claro, por eso en el cuadro que la profesora tenía en el despacho, aparecía un castillo totalmente reparado y con todas las piedras en su correspondiente lugar. No como el que las chicas habían visto en la enciclopedia, que estaba rotísimo.

Gretta llegó a la casa del árbol, subió las escaleras y se quitó los zapatos, como era habitual, dejándolos en la entrada.

En ese momento, un tremendo trueno retumbó en las paredes y estremeció a las chicas. Había poca luz porque las nubes de tormenta habían tapado el sol por completo.

—Hola, chicas —saludó Gretta al grupo—. Por poco me pilla la tormenta ahí fuera.

—Desde luego hace una mañana perfecta para hablar de castillos encantados y fantasmas. Uhhhh —dijo Paula tratando de hacer una broma.

—A mí no me hace ni pizca de gracia, Paula —repuso Blanca que tenía bastante miedo a las tormentas y a los fantasmas.

—Bueno, vamos a ver —dijo Gretta desdoblando unos folios —¿Alguien puede encender la luz? No se ve nada.

—Vaya, pues no funciona. La luz se ha ido a causa de la tormenta. Estamos casi a oscuras, no funciona el interruptor —dijo María mientras daba una y otra vez al botón de la luz sin ningún éxito.

—¿Y el farolillo? Podríamos encenderlo, lleva una de esas velas a pilas —Se le ocurrió a Celia—. Voy a buscarlo.

El farolillo había sido uno de los primeros adornos que tuvieron en la casa del árbol.

La abuela de María lo había traído de un viaje que hizo a la India, y era muy bonito. Cuando se iluminaba, proyectaba bonitas estrellas.

—Aquí está —anunció Celia—. Veamos si funciona la vela.

—¡Funciona! ¡Genial! Qué bonita luz da, me encanta —exclamó Gretta que miraba las paredes salpicadas de estrellas de luz. Ahora ya podemos empezar a poner en común la información. Colócalo en el centro para que todas podamos leer nuestras averiguaciones.

Las chicas se dispusieron en el centro de la casa del árbol, sentadas en el suelo. El farolillo daba suficiente luz y fue Blanca la que comenzó a hablar.

—Yo no he encontrado gran cosa, solo información relativa a Londres, el clima, las actividades que se pueden hacer, los castillos que se pueden visitar. Del castillo de *Birstone*, que por cierto he averiguado que está habitado, y que fue reconstruido, pone en la página web que solo se puede visitar su enorme biblioteca, solo los sábados y previa petición de cita —dijo Blanca.

—Sí, yo también he encontrado que fue reconstruido bastante tiempo después de la guerra —dijo Gretta.

—Sí, yo igual. Y menos mal porque allí viven los padres de Miss Wells, que nosotras sepamos —apuntó Paula—, así como los fantasmas de sus antepasados. Yo he encontrado información sobre su construcción en tiempos de un tal Guillermo que apodaban el Conquistador. También que fue utilizado como hospital. Y que durante su reconstrucción apareció un importante documento que se cree que fue trasladado hasta la *British Library* de Londres. Aunque hay quien asegura que el dueño se negó a dar el documento a nadie por haber sido encontrado dentro de su propiedad. Actualmente sirve como mansión de los descendientes de este señor que se cuenta no quiso entregar el documento, pero que construyó una enorme biblioteca.

—Será la biblioteca que os comento que se puede visitar —aclaró Blanca.

—Sí, eso es lo mismo que he encontrado yo —dijo María doblando su hoja al ver que no aportaba nada nuevo.

—Sí, tampoco hay mucha más información aparte de lo que comentáis —dijo Celia un poco resignada—. Lo que está claro es que no vamos a ir de campamento a un castillo en ruinas porque todas hemos encontrado que fue reconstruido. Tenías razón, Gretta, al decir que no nos creyéramos todo lo que pone en Internet.

—Cierto, chicas —continuó hablando Gretta—. Está claro que lo del castillo en ruinas era una información no actualizada. Mi padre y yo escribimos a una web especializada en cuestiones medievales y preguntamos por el castillo *Birstone* —habló Gretta muy misteriosa—. Hay una leyenda que gira en torno al castillo. Y, desgraciadamente, tiene bastante que ver con esos fantasmas de los que Paula se ríe tanto.

—¡Oh, no! —chilló Blanca— Hubiera sido mejor ir al campamento del profesor Lechuga, allí no había ni leyendas, ni fantasmas.

—Chss, calla, calla —protestó Paula—. ¿Quieres dejar a Gretta cotinuar hablando?

—Por lo que parece alrededor del castillo hay unos jardines que alguien cuida con verdadera devoción. Cuenta la leyenda que la primera dama que

vivió en el castillo era gran amante de las plantas y que el día que dejó de pasear por los jardines y cuidar sus flores, comenzaron a ocurrir una serie de desgracias.

—¿Por qué dejó de pasear por los jardines? —preguntó Celia espontáneamente, aunque sabía que a Gretta no le gustaba que la interrumpieran.

—Parece ser que la dama enfermó a causa de unas aguas envenenadas y ya nunca más volvió a pasear por los jardines, ni a cuidar de las plantas —explicó a grandes rasgos Gretta, tratando de seguir contando la leyenda—. Las plantas favoritas de esa dama eran las rosas que ella misma cuidaba y alrededor de las cuales crecían, sin motivo alguno, tréboles de cuatro hojas.

—¿Existen los tréboles de cuatro hojas? —preguntó Paula dudando de la veracidad de la leyenda.

—A día de hoy —continuó Gretta—, se cree que si dejan de crecer los tréboles de cuatro hojas en esos jardines, una fatalidad ocurrirá a los moradores del castillo —anunció Gretta—. Además hay quien dice que ha visto, en los alrededores del jardín, la silueta de una mujer mientras un aroma a rosas inundaba el ambiente.

—Podría ser el fantasma de esa dama —concluyó Celia pensativa.

En ese momento las chicas tuvieron mucho miedo, incluida Paula. Sin darse cuenta se abrazaron las unas a las otras.

Fuera, la tormenta remitía, pero el día había quedado gris y desapacible.

—Yo no me lo creo —dijo finalmente María—. Los tréboles de cuatro hojas no existen. Vamos yo nunca jamás he encontrado ninguno.

—Bien, ahora ya sabemos a lo que nos enfrentamos: simples habladurías —dijo Gretta tratando de tranquilizar a las demás.

—Seguro que son rumores —dijo Paula con voz temblorosa, tratando de

hacerse la fuerte.

—O puede que sean ciertas, yo cada vez tengo menos ganas de ir — confesó Blanca.

—Podemos verlo como una aventura, algo que nos aportará valentía — trató de animar Gretta a Blanca—. Una vez allí, veremos si todo esto es una simple leyenda sin fundamento, o el relato es cierto.

—Efectivamente, como bien dice Gretta, hasta que no vayamos allí no sabremos si es verdad o un rumor —dijo Celia.

—Chicas, todo esto no hubiera pasado si no hubiera suspendido Inglés — dijo María haciendo un balance de la situación—. Y yo os agradezco de corazón todo lo que habéis hecho para que podamos estar juntas en las vacaciones. Yo os propongo que siempre seamos así tan valientes, como vosotras habéis demostrado ser al llevar a cabo un plan tan arriesgado. Esa idea amarilla de Paula nos ha conducido hasta aquí, hasta Londres, mejor dicho. Descubriremos de qué se trata la leyenda del jardín. Tenemos una misión por delante.

—¡Bueno, algunas tenemos dos! Aprobar la asignatura y descubrir qué hay detrás del misterio del jardín de los tréboles de cuatro hojas —corrigió Gretta a María guiñándole un ojo.

Las amigas se despidieron ese día gris de junio. El verano había comenzado de una manera un tanto extraña, pero habían logrado su sueño de que las dejaran pasar las vacaciones juntas.

Aún tenían por delante más de un mes, donde la piscina, las reuniones en la casa del árbol, la venta de refrescos, la compra del regalo de la amiga invisible, y los preparativos para el viaje a Londres ocuparían sus días.

Siempre unidas, sabiendo que se tienen para cualquier problema.

Siempre... todas para una.





Si quieres estar al tanto de todas las novedades consulta en mi página web las próximas aventuras que vivirán estas fantásticas amigas.

<https://w-ama.webnode.es>

Y si te ha gustado «Todas para una», no olvides escribir tu opinión en este enlace

<https://amzn.to/2JrZeY4>

Para mí y para las amigas de la casa del árbol es muy importante :-)

¡Gracias!